OBRAS ESCOGIDAS

Cada niño tiene su ángel de la guarda siempre listo para ayudarle a comportarse bien. Pero entre estos ángeles, tal como entre los niños, hay de todos los caracteres. Así, hay algunos muy distraídos, otros sumamente juguetones, algunos bastante perfectos, otros temerosos, algunos demasiado aventureros, otros... en fin, más vale conocer gracias a este libro las aventuras por las que pasan los ángeles de la guarda para proteger a los pequeños, cuya custodia les ha sido encomendada.

Esther Cosani nació en Arica en 1914. Y como su padre debía viajar constantemente, ella vivía en Tacna con su abuela. Sus estudios básicos los hizo en Lima y a los 24 años publicó su primera obra: *Leyendas de la vieja casa*. A ésta le siguieron *Leyendas de la quena*, *Para saber y contar* (1940) y las tres más conocidas: *Las aventuras de Andrés* (1943), *Cuentos a Peluso* (1945) y la presente historia de ángeles, publicada por primera vez en 1947.

Cuentos a Beatriz | ESTHER COSANI



CUENTOS A BEATRIZ

ESTHER COSANI

ZIG-ZAG

Cuentos a Beatriz

Esther Cosani

ilustraciones de
Elena Poirier

ZIG-ZAG

Delfín de Color
I.S.B.N.: 978-956-12-1346-3.
35ª edición: mayo de 2011.

Obras Escogidas
I.S.B.N.: 978-956-12-1345-6.
36ª edición: mayo de 2011.

Dirección editorial: José Manuel Zañartu.
Dirección de arte: Juan Manuel Neira.
Dirección de producción: Franco Giordano.

©1982 por Rita Cosani Sologuren.
Inscripción Nº 55.592. Santiago de Chile.
Derechos exclusivos de edición reservados por
Empresa Editora Zig-Zag S.A.
Editado por
Empresa Editora Zig-Zag S.A.
Los Conquistadores 1700. Piso 10. Providencia.
Teléfono 8107400. Fax 8107455.
E-mail: zigzag@zigzag.cl
Santiago de Chile.

El presente libro no puede ser reproducido ni en todo
ni en parte, ni archivado ni transmitido por ningún medio
mecánico, ni electrónico, de grabación, CD-Rom, fotocopia,
microfilmación u otra forma de reproducción,
sin la autorización de su editor.

Impreso por Salesianos Impresores, S.A.
General Gana 1486. Santiago de Chile

Índice

El Querubín distraído
pág. 11

Un Querubín miedoso
pág. 21

Un Querubín juguetón
pág. 33

Un Querubín aventurero
pág. 45

Un Querubín porfiado
pág. 57

Un Querubín curioso
pág. 65

Un Querubín cachurero
pág. 77

Un Querubín amistoso
pág. 87

Esther Cosani: la autora y su obra
pág. 97

Prólogo

Queridos niños:

Antes de empezar a narraros estas historietas, quiero explicaros algunas cosas a fin de que no haya error posible.

Los Angeles Guardianes son vuestros inseparables compañeros; siempre están listos para libraros de cualquier peligro y ayudaros a ser buenos.

Podéis verlos y oírlos mientras sois pequeños, muy pequeños. Después, ya no. ¿Por qué? Porque ya entonces sabéis lo que es bueno y lo que es malo y ellos os dejan elegir; claro es que, callados e invisibles, tratan siempre de que hagáis lo bueno y os apartéis de lo malo. Puede ser también porque, ya creciditos, no os parecéis tanto a ellos. Puede ser, ¿verdad?

Afirman los Santos Padres que los Angeles Guardianes son espíritus celestes. Pero cierta vez le oí contar a una vieja nana que esos Angeles eran los Santos Inocentes, a quienes Dios convirtió en Querubines para velar por sus hermanitos de la Tierra.

Tanto me gustó esa leyenda, que en ella me baso para narraros estos cuentos.

No los toméis a pie juntillas, porque los Santos

Padres saben mucho más que la nana aquella que me contó esta historia.

Escuchad:

Vosotros sabéis que cuando nació Jesús, el Rey Herodes, temeroso de que el pequeñín le arrebatara su trono, quiso hacerle morir.

Como no sabía cuál de todos los niños de Belén era Jesús, decidió salir del paso de una manera muy cruel: ordenó a sus soldados que degollaran a todos los niños menores de dos años que hubiera en Belén o sus cercanías. Y aquel día murieron asesinados millares de inocentes, a pesar de que sus padres los defendieron y trataban en vano de salvarlos.

Aquella noche, los pastores de Galilea vieron millares de copos de nieve que, en lugar de caer a la tierra, se elevaban de ella. Eran las almitas que subían al Cielo ya en grupos, ya en parejas, ya solitas, a medida que las espadas de los soldados iban consumando su martirio.

El Cielo irradiaba de luz. Dios en persona los aguardaba a la entrada, rodeado de sus Angeles y, a medida que iban llegando, los abrazaba amorosamente. Se agruparon en un rincón temerosos y tristes.

Con los ojitos muy abiertos miraban las brillantes legiones de Angeles y Serafines que les sonreían con admiración y cariño. Pero los niños aún no se sentían muy seguros. ¿No irían estos personajes a lanzarse contra ellos?

¿No irían a cogerlos de un bracito o de una piernecilla y cortarles de un tajo la cabeza o partirlos en dos, como un instante atrás lo habían hecho aquellos fieros soldados del Rey Herodes?

Dios leyó el miedo en sus corazones y sintió una inmensa pena por los pobrecitos que habían muerto para salvar la vida de su Hijo Divino. Entonces decidió hacerlos tan felices como lo eran sus Angeles. Tendió sobre ellos sus manos de luz y, al punto, los pequeñuelos olvidaron su martirio y su miedo y una gran alegría inundó sus corazones.

Comenzaron a saltar, a reír, a cantar, cogidos de las manos.

Los hermosos Angeles los llevaron a conocer las bellezas del Paraíso y, subidos en las estrellas más altas, les enseñaron a volar.

Como eran purísimos y se habían embellecido aún más por el Martirio, Dios los convirtió en Querubines y les confió la misión de cuidar a los hombres, llamándolos Angeles Guardianes.

Desde entonces, todo niño que muere inocente,

se convierte en Angel Guardián.

Esta es la historia, y creo muy justo que la conozcáis también vosotros. Cierto es que no deja de ser una fantasía, pero es tan bonita, que estoy segura os gustará tanto como me gustó a mí. Eso ya me lo diréis después.

ESTHER COSANI

El Querubín distraído

En un rincón del Paraíso se halla la oficina de San Roque, patrón de los caminantes. Dicha oficina es la que se encarga de enviar a la Tierra, junto a cada niño que nace, un Angelito Guardián. Este Santo, que es muy alegre y campechano, gusta de que en su oficina todo marche en perfecto orden. Tiene un gran sentido de la organización.

Pero como, según los filósofos, "de todo hay en la viña del Señor", hubo una temporada en que al bueno de San Roque le salieron canas verdes a causa de ciertos Querubines que le dieron mucho que hacer. Y le dieron que hacer porque aún conservaban sus cualidades de niños. Si no queréis creerlo, aquí van estas historias, que os probarán que lo que digo es muy cierto y, como dice una canción, "tanto como sacarse un ojo es quedarse tuerto".

Junto a la oficina de San Roque, y separado por una verja de oro, se extiende un parque maravilloso

donde viven los niños que van a nacer.

A menudo conversan con los Querubines a través de la verja y se escuchan diálogos como éste:

–Ya me han notificado que en cinco meses más bajaré a la Tierra.

–Pídele a San Roque que yo sea tu Angel Guardián.

–Caramba, Querubín. Fíjate que ya se lo prometí al que me trajo unos rayitos de luna en días pasados. Porque yo voy a ser pintor.

–Es lástima... con lo que me hubiera gustado acompañarte.

–Yo también lo siento. Si me lo hubieras dicho antes...

Y los Querubines viven pegados a la verja de oro, a ver si algún niño los propone a San Roque como su Angel Guardián.

Y esto tiene su explicación: cuando un Angel ha sido Guardián de un niño, el Señor le entrega otra aureola además de la que ya tiene, y algunos son tan solicitados, que bajan tres y cuatro veces a la Tierra y lucen una verdadera torrecilla en la cabeza.

El caso es que entre los millones de Querubines que moran en el Cielo había uno, gordote y mofletudo, bonísimo, como que era un Angel pero...

¡más distraído!...

Se moría por ser el Angel Guardián de algún pequeñín, y cuando no estaba en la Luna, pasaba pegado a la verja de oro. Siempre llevaba algún regalo para los niños, a ver si de esta suerte alguno se interesaba por él. Se instalaba allí desde temprano y haciéndose el desentendido, comenzaba a jugar con el regalo. Hasta que acudía algún curioso.

–¿Qué tienes ahí, Querubín?

–¿Quién, yo?... Una tontería.

–¡Déjame verla!... ¡Qué linda!... ¿Me la regalas?

–Bueno, pero si le pides a San Roque que yo sea tu Angel de la Guarda.

Y, tras decir esto, se quedaba mirando con ojitos tan suplicantes y expresión tan ansiosa, que todos se largaban a reír. Y nacían niños y más niños y algunos compañeros lucían hasta diez aureolitas, sin que el pobre Querubín distraído pudiera conseguir nada.

Y era tal su deseo, que en los coros angélicos se quedaba con la boquita abierta en la mitad del canto, de pronto volvía a la realidad y comenzaba a entonar el Gloria cuando ya todos los otros decían "Amén". Santa Cecilia, que es la directora de esos coros, perdía a veces la paciencia.

Un día vio paseando por el parque a un niñito

con grandes gafas y un enorme libro bajo el brazo. Como de costumbre, lo llamó con un chiflido.

–Pshtt... Oye...

Lo llamó varias veces, sin que el otro pareciera escucharle. Por último perdió la paciencia y, a fuerza de empujar, logró meter la cabecita y un brazo por entre los barrotes, y al pasar el niño por su lado, lo cogió del pollerín.

–¿No oyes que te llaman?

–Palabra que no –repuso el de las gafas, sobresaltado.

–Pues yo te estoy llamando desde hace rato. Dime, ¿cuándo vas a bajar a la Tierra?

–No sé ni me preocupa. Yo voy a ser un gran sabio.

Lleno de ansiedad, gritó el Querubín:

–Entonces no te comprometas con nadie, pues yo voy a ser tu Angel Guardián... ¿Oíste?

–Como quieras; a mí me da lo mismo, porque yo voy a ser un gran sabio.

Y, diciendo esto, el futuro sabio se marchó.

Nuestro buen Querubín, apurado por ir donde San Roque con la noticia, se encontró con que no podía salir de la trampa en que él mismo se había metido, y se vio tan afligido, que comenzó a llorar a gritos. Acudieron sus compañeros y varios

Santos que por ahí pasaban. Y era tal el alboroto, que hubo que llamar al patrono de los cerrajeros para que limara los barrotes y así pudiera sacar su cabecita.

Magullado y sin embargo feliz, corrió a la oficina de San Roque y le notificó que el niño de las gafas lo había nombrado su Angel Guardián.

San Roque lo miró por sobre sus lentes y, acariciándose la barba, preguntó:

–Por lo que veo, aún no has sido Angel de la Guarda, ¿verdad?

El Querubín se puso colorado; se miró los pies: movió negativamente la cabecita.

–Pues has de saber que un Angel de la Guarda tiene muchas obligaciones y muchas responsabilidades. Yo no acepto que mis Angeles descuiden sus deberes, ni que haya reclamos al respecto. Tengo a orgullo decir que jamás a esta oficina han llegado reclamos ni quejas.

El Querubín afirmaba enérgicamente con la cabecita.

–Me alegro que hayas sido elegido –prosiguió San Roque–, y espero que sabrás cumplir fielmente con tu deber.

Tomando una pluma larga, larga, abrió un libro grande, grande, y anotó:

"Pepín Pantoja, futuro sabio. A. de su G., Querubín".

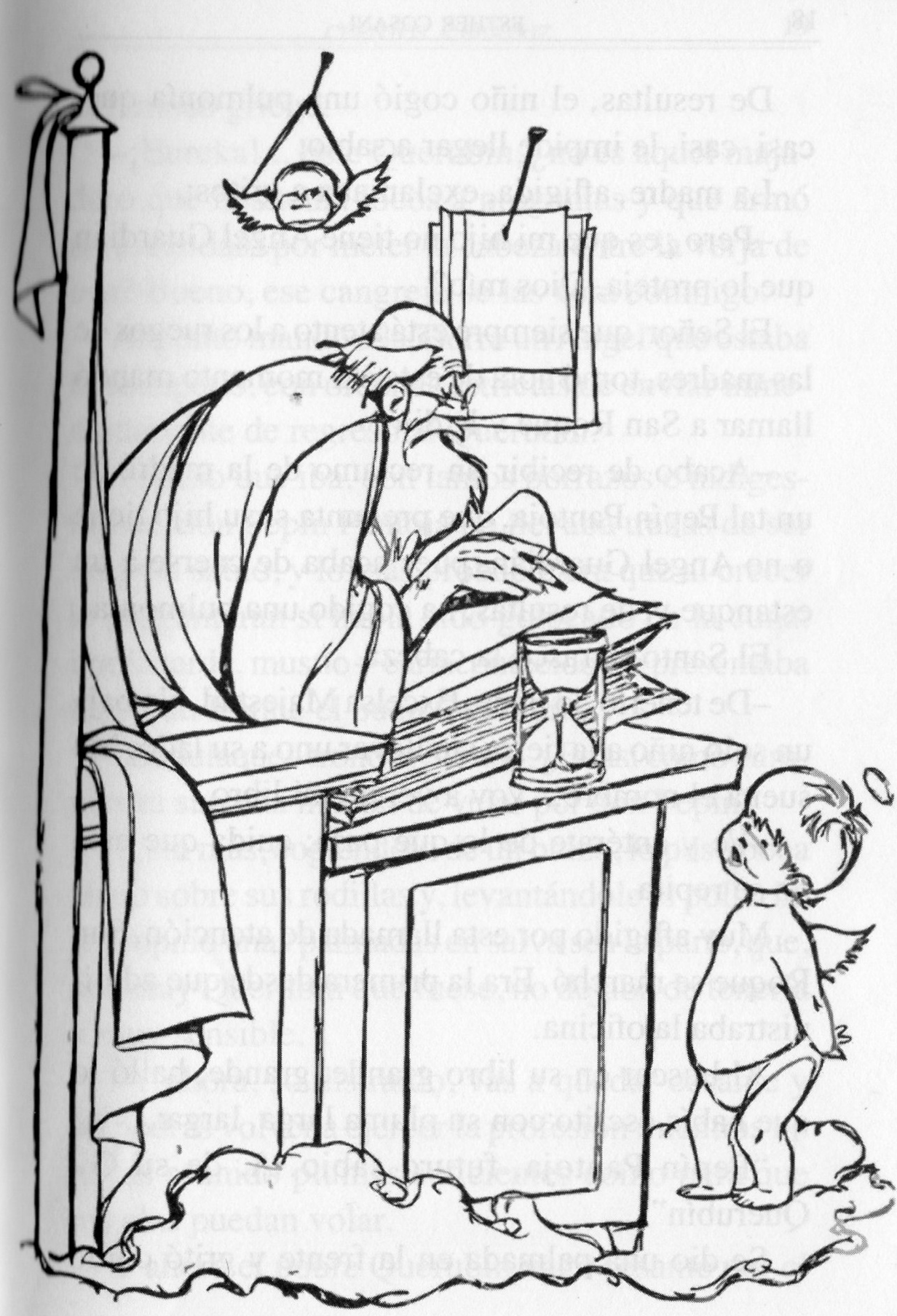
Y el Querubín se marchó feliz, dichoso, loco de alegría.

Todos los días se instalaba en la oficina para saber cuándo nacería don Pepín Pantoja. Tenía aburrido a medio Paraíso, y bien pronto ángeles y santos desearon que don Pepín Pantoja se marchara luego a la Tierra a ver si así dejaba el Querubín de molestarlos. Organizaron una comisión encargada de apurar la partida del futuro sabio, el cual llegó a su casa mucho antes de lo que lo esperaban.

Era de verlo en su cuna, muy seriote, chupándose un dedo, mientras el Querubín, revoloteando en torno, ejercía sus funciones lleno de importancia.

Ya hemos dicho que el Querubín era bueno como el pan, pero ¡más distraído!... Por eso don Pepín comenzó su famosa vida cayéndose de la cuna y con grandes cototos en la cabeza. Afortunadamente era estoico en grado sumo y, a lo más, lanzaba un gruñido de protesta que servía de "recorderis" al flamante Angel Guardián.

Cierta vez, cuando comenzaba a caminar, se cayó en un estanque, mientras el Querubín curioseaba en un nido de pájaros, trepado en la copa de un árbol.



De resultas, el niño cogió una pulmonía que, casi, casi, le impide llegar a sabio.

La madre, afligida, exclamaba a gritos:

–Pero ¿es que mi hijo no tiene Angel Guardián que lo proteja, Dios mío?

El Señor, que siempre está atento a los ruegos de las madres, tomó nota de éste. Al momento mandó llamar a San Roque y le dijo:

–Acabo de recibir un reclamo de la madre de un tal Pepín Pantoja, que pregunta si su hijo tiene o no Angel Guardián, pues acaba de caerse a un estanque y, de resultas, ha cogido una pulmonía.

El Santo se rascó la cabeza.

–De tenerlo, lo tiene, Excelsa Majestad. No baja un solo niño a la tierra sin llevar uno a su lado. Me suena el nombre... voy a ver en mi libro.

–Ve y entérate de lo que pasa; cuida que esto no se repita.

Muy afligido por esta llamada de atención, San Roque se marchó. Era la primera desde que administraba la oficina.

Al buscar en su libro grande, grande, halló lo que había escrito con su pluma larga, larga:

"Pepín Pantoja, futuro sabio. A. de su G., Querubín".

Se dio una palmada en la frente y gritó como

el famoso griego:

–¡Eureka!... Este Querubín, ¿no es aquel majadero que nos tenía locos a preguntas y que armó un escándalo por meter la cabeza entre la verja de oro? Bueno, ese cangrejo se las verá conmigo.

Al punto mandó a la Tierra un Angel que estaba desocupado, con órdenes estrictas de enviar inmediatamente de regreso al Querubín.

Al paso que iba, con tantos porrazos e indigestiones, don Pepín Pantoja no llevaba trazas de ser un gran sabio, y lo más probable era que al crecer le preguntaran si había sido golpeado en la cuna. Por la tarde, mustio y cariacontecido, se presentaba ante San Roque el buen Querubín.

–Badulaque –tronó el Santo–. ¿Es así como cumples tu sagrada misión de velar por don Pepín?

Y, sin más, cogiéndolo de un brazo, lo puso boca abajo sobre sus rodillas y, levantándole el pollerín, le propinó unas palmadas en salva sea la parte, que, por muy Querubín que fuese, no dejaba de tenerla y muy sensible.

–Y ahora, so distraído, vas a quedar cesante y no podrás volver a ejercer la profesión mientras no hayas reunido plumas suficientes como para que tus alas puedan volar.

Y ahora el pobre Querubín vaga cesante por el

Paraíso, con un tarrito, pidiendo:

–Por caridad, una plumita para este pobre angelito que no puede volar.

No se atreve a acercarse a la verja por temor de que los niños lo vean y no lo pidan como Angel Guardián cuando tenga sus plumitas completas.

Yo creo que esto será muy pronto, pues ya la Virgen ha reunido un montón de ellas para regalarle.

Un Querubín miedoso

La Virgen lo quería muchísimo. Tal vez le daba lástima verlo tan poquita cosa, con sus ojazos temerosos. Diríase que, antes de ser un Angel, hubiera sido un niño huérfano.

A veces, mientras se hallaban los Querubines en los coros angélicos, llenos de profundo recogimiento, se escuchaba un: "¡Ayyyyy!"... despavorido. Santa Cecilia, con la mano en alto, fruncía el ceño.

–¿Quién gritó?

–Fue éste –respondía otro Querubín, señalando a su vecino el miedosito. Todos se volvían a mirarlo, mientras Santa Cecilia se acercaba al culpable.

–¿Por qué gritaste?

El Querubín, coloradito, respondía, haciendo un puchero:

–Sentí..., sentí que me tiraban mi pelito.

–¿Y por eso gritaste? ¿No te da vergüenza?

–Es que... es que creí que..., que –y rompía a llorar desconsolado.

Otras veces pasaba corriendo como una exhalación, dando alaridos, a esconderse entre los pliegues del manto de San Roque.

–Pero, niño ¿qué sucede? ¿Qué pasó?

Temblando, el Querubín señalaba con un dedito:

–Allí, allí.

–¿Qué, qué allí?

–Vi..., vi una cosa horrible, como, como un plumero negro. Tengo miedo.

–A ver, vamos a ver eso tan horrible.

Y al llegar al sitio que indicaba el Querubín, San Roque se hallaba con que el plumero negro, negro, no era otra cosa que la cola del gallardo corcel de Santiago Apóstol, pastando tranquilamente.

El Querubín, avergonzado, miraba a San Roque, miraba al caballo y, por último, miraba el suelo. San Roque sonreía burlón.

–¿Qué cosa tan horrible, no?

Y los otros Querubines se reían a escondidas dándose codazos.

–Mira, mira –solían decirle–. Ahí viene un diablo grande; corre, que te pilla. –Y el pobre pegaba un brinco y salía disparado a esconderse en cualquier parte.

La Virgen trataba de curarle el miedo.

–Pero ¿no ves, zoncito, que al Cielo no puede entrar ningún diablo?

–Sí puede.

–No, mi lindo. Y si entrara, lo correrían los Arcángeles con sus espadas de fuego.

–¿Y si, y si no lo corrían?

–Entonces, Mi Hijo lo arrojaría nuevamente a los Infiernos.

–¡Ahhhh! –comentaba el miedosito, a medias convencido.

Causó, pues, gran revuelo la noticia de que el Querubín miedoso había sido nombrado Angel de la Guarda de Jopito Jeremías.

–¿Y cómo se las va a arreglar este pobre pajarito como Angel de la Guarda? –se preguntaban todos. Y comentaban que tal vez sería una imprudencia.

Pero San Roque se mantuvo en sus trece, a ver si así el gran miedoso terminaba por curar su miedo de una vez por todas.

Antes de partir, la Virgen lo llamó. Sentándolo en su falda, le dijo con esa voz suya que es un susurro divino:

–¡Qué angelito más importante vas a ser ahora, Querubín! ¡Todo un señor Angel de la Guarda!...

¡Y qué feliz Jopito Jeremías, con un Angelito de la Guarda como tú!

El miedosito contemplaba a la Virgen con la boquita entreabierta y los puñitos cerrados.

–¿Verdad que tú vas a ser el mejor Angel de la Guarda de todo el mundo? –proseguía la Reina del Cielo, acariciando su cabecita–. Y yo sé que no habrá otro niño mejor guardado que Jopito. Porque tú eres muy valiente.

El Querubín afirmó enérgicamente con la cabecita. ¡Qué orgulloso estaba ahora! En un principio, cuando San Roque le comunicó su nombramiento, se consideró muy desgraciado. Pero ahora, que la Santísima Virgen le aseguraba que sería el mejor Angel de la Guarda del mundo y que Jopito sería tan feliz con él, se infló de orgullo y sonrió con una amplia sonrisa de felicidad. Y colorado, coloradito, echó los brazos al cuello de la Virgen y escondió la cara en su seno.

Decidido a ser todo un valentón, se fue en busca de Jopito.

Emprendieron al alba, bien cogidos de la mano, su viaje a la Tierra.

–Yo no tengo miedo –le decía a Jopito, mientras descendían–. Y tú, ¿tienes miedo?

Jopito, que bajaba con la boca muy apretada,



no contestó.

–Yo... yo no le tengo miedo... a nada –proseguía el Querubín.

Jopito gruñó algo. Estaba muy asustado.

Llegaron a eso de la medianoche. El hogar de los señores Jeremías era un inmenso palacio, rodeado de magníficos parques con árboles de sombra, fuentes, estatuas de mármol y surtidores de agua. Los dueños de casa tenían tantos sirvientes que ni sabían su número.

Pusieron a Jopito, fajado como una momia, después de lavarlo y perfumarlo, en su cuna elegantísima.

Una "nurse", de esas muy secas, muy secas, se hizo cargo del recién nacido. Era inglesa y decía:

–Mí gusta tomar los niños reglamentados. Mí deja los niños llorar y llorar. Así criarse educados, verdaderos "gentlemen".

La madre de Jopito era una gran señora llena de compromisos. Era presidenta de cinco instituciones y esto no le dejaba tiempo para preocuparse de su hijito. Por eso había contratado una "nurse" inglesa. Esta tenía su sistema: los niños deben estar solos después que se les ha dado la papa y mudado los pañales. Jopito y su Angel pasaban muy solitos.

De vez en cuando el Querubín, pese a sus buenos propósitos, sentía un miedo chiquirrituco que se le prendía muy fuerte del corazón y lo hacía temblar.

"Y si viniera... y si viniera un diablo de esos grandotes, ¿qué haría yo?", y, al pensarlo, se le erizaban de susto los ricitos rubios. Y miraba a Jopito, dormido en su cuna, seguro, tranquilo, confiado en su Angel de la Guarda. Entonces, recordaba las palabras de la Virgen y sentía vergüenza.

La "nurse" entraba muy seria; mudaba al niño; le daba su mamadera y se iba después a la pieza inmediata, donde tejía unas medias largas que no terminaban nunca.

Cuando creció Jopito, el Querubín se sintió más acompañado. Jugaban juntos sin hacer ruido, calladitos. Ambos eran muy tímidos.

En un rincón de la pieza, entre los juguetes de Jopito, había un mono negro de ojos colorados que miraban muy fijos. Y este mono los asustaba enormemente.

Jopito crecía muy sano y bien cuidado. Pero siempre estaba solo. Rara vez podía estar un rato largo con su madre. Ya he dicho que era una señora muy ocupada: era presidenta de cinco instituciones, una de las cuales era Pro Niños Vagos. Esto le quitaba mucho tiempo y constantemente

se veía obligada a organizar bailes, tés canastas y beneficios, con el fin de reunir fondos para darles un hogar a los niños vagos. Por eso no tenía un minuto disponible para Jopito. Aunque el Querubín ponía todo su empeño en ser valiente, su miedo era más fuerte que él. Si debían salir de una habitación, se escurría primero, atropellando a Jopito; si subían las escaleras, la subía él antes y retrocediendo, temeroso de que algo le cogiera una piernecita. Y por las noches, en cuanto Jopito se dormía, levantaba suavemente las cobijas de su cama y se acostaba a su lado, tapándose hasta la nariz.

Una noche, Jopito despertó asustado y comenzó a llorar. Lloraba y lloraba, sin que nadie viniera. El Querubín le hizo coro, porque el miedo es contagioso, aunque éste lo tenía con contagio y sin él.

–No llores, no llores más, Jopito –sollozó afligido–. Si yo estoy aquí, y –con un hilo de voz agregó–: no tengo miedo. Palabra.

–Quiero a mi mamá, nada más que a mi mamá –gemía Jopito–. Anda a buscármela.

El Querubín tragó saliva y miró con ojos despavoridos la pieza oscura. Jopito lo empujó fuera de la cama llorando. El Querubín no tuvo más remedio que asomarse al corredor. ¡Oh!, y

qué negro estaba todo y las habitaciones de la mamá tan lejos de la "nursery". ¿Y si despertara a la "nurse", que dormía en la pieza vecina? Pero al asomarse, vio con horror que no estaba allí. El sentido del deber se sobrepuso a su terror y se aventuró por la casa. Todo se veía desierto en el inmenso palacio de los señores Jeremías, ni un criado velaba por la seguridad de sus amos. Acongojado, el pobre Querubín se dio cuenta de que él y Jopito estaban solos, completamente solos. Voló rápidamente, porque el valor ya lo abandonaba, hacia la pieza de Jopito, y llorando a dúo con él, se metió en su cama.

En la oscuridad brillaban, malignos, los ojos de vidrio colorado del mono negro.

–Anda a traerme a mi mamá –suplicaba Jopito, convulso de miedo, empujándolo. Pero el pobre miedosito Querubín, cubierto hasta las orejas, apenas si se atrevía a asomar la naricilla.

Habéis de saber, niños queridos, que cada vez que la mamá está lejos y sus hijos lloran o sufren, sus Angeles de la Guarda vuelan a avisarle.

Entonces la mamá dice:

–Tengo la corazonada de que mis hijos me necesitan. Voy a verlos.

Pero yo os aseguro que no sólo es una corazona-

da: es el Angel de la Guarda que les está diciendo:

–Vete luego. Tu niño está llorando. Apúrate, no lo dejes sufrir.

Pero la mamá de Jopito Jeremías nunca tenía tiempo de escuchar al Angel de la Guarda de su hijo. Tenía que preocuparse de los niños vagos, y de la Gota de Leche, y dar conferencias a las madres de familia.

Y cuando más afligidos lloraban los dos, acurrucaditos en la cuna, entró la Virgen con su ronda de Angeles. Entonces, la habitación se llenó de luz radiante y de risas y batir de alas.

El miedosito parpadeó deslumbrado, saltando fuera de la cuna. Muerto de vergüenza, quedó allí con los bracitos colgando, gacha la cabecita.

La Virgen fingió no haberse dado cuenta de los apuros del pobre Querubín. Y como la Virgen es madre, madre de todas las criaturas, comprendió lo que había sucedido. Tomó a los dos en sus brazos, diciendo:

–Pobrecitos míos, pobrecitos míos; llorando solitos, sin que nadie viniera a consolarlos. –Y los besaba y los apretaba contra su corazón.

–Llévanos contigo –rogaron ambos a un tiempo.

Y la Virgen se los llevó consigo.

Y la señora Jeremías pudo entonces dedicar todo

su tiempo a sus obras benéficas. Y como había perdido a su único hijo, le dieron el título de La Mejor Madre del Mundo.

Un Querubín juguetón

Entre todos los Querubines que pueblan el Paraíso había uno que se aburría.

Parece mentira, ¿verdad?

Y se aburría soberanamente; en vista de esto, no pasaba día en que no hiciera alguna travesura y en que no fueran ángeles y santos con reclamos al Señor. Ya era una Virgen y Mártir a quien le había perdido su palma de martirio; ya uno de los Evangelistas a quien le había quebrado la pluma por estar garrapateando monitos en su Libro de Oro; ya era Santiago Apóstol, a quien el Querubín le había sacado su corcel para dar una vueltecita, o San Jorge, porque le había tirado el rabo a su dragón y éste bramaba enfurecido.

Ante tantos reclamos, el Señor se fue un día a ver a San Roque, y le dijo:

–Mira, Roque, ¿tienes algún niño que esté por bajar a la Tierra?

San Roque se alisó la barba pensativo y comen-

zó a hojear en su libro grande, grande:

–A ver, a ver, Excelsa Majestad... A, a, a,... Agustito Piedrabuena... ¡Humm!.. A éste le faltan seis meses todavía y ya está comprometido; Armandito Pelagra tiene para rato... ¡Humm!... Busquemos en la letra b. B. b, b, Bartolillo Penanegra..., éste podría ser... Sólo le faltan dos semanas... –y, por sobre sus lentes, miró interrogador a Jesús.

El Señor suspiró pensativo.

–¿No tienes otro que... pudiera bajar hoy mismo?

Prolijamente siguió buscando San Roque y por último repuso:

–Bartolillo es el que está más próximo a bajar entre los niños que no han elegido aún su guardián. Pero si os apura, Excelsa Majestad, podríamos adelantar su partida.

–No, no..., está bien... Es que hay una cosa, Roque; se trata de lo siguiente. Hay un Querubín que, ¿cómo te explicara?, es algo travieso. Todos los días me llegan reclamos sobre si hizo esto o aquello...

–Ya sé, ya sé quién es, Excelsa Majestad, y perdonad que Os interrumpa. Es un morenucho de pelo crespo... ¡Si lo conoceré yo! Es el que se roba mi bastón y sale montado en él gritando que es Santiago Apóstol que va a combatir a los moros.

He tenido que aleccionar muy bien a mi perro, para que lo corretee cada vez que se acerque por aquí,... ¡Valiente Querubín!... Con perdón de Vuestra Excelsa Majestad, creo que el tal morenucho debía estar mejor en las Calderas del Malulo.

Y muy sofocado, San Roque se sacó las gafas y comenzó a limpiarlas enérgicamente con el borde de su manto. Jesús disimuló una sonrisa, diciendo:

–No puede ser otro, Roque. He pensado que a veces esto de cantar salmos y danzar ante el trono de Mi Padre resulta algo pesado para estas criaturas... Quizás sea esto lo que le sucede a nuestro Querubín morenucho. A lo mejor, necesita un cargo de responsabilidad, como ser, como ser Angel Guardián de algún pequeñuelo.

San Roque, sin poder ocultar su descontento, insinuó:

–Si es por eso, San Pedro necesita un ayudante para abrir y cerrar las puertas del Paraíso.

–No, no –se apresuró el Señor a responder–. Hoy vino muy disgustado a decirme que un Querubín morenucho le había escondido su llavero entre las ramas del Árbol de la Ciencia. Y al encaramarse a rescatarlas se rasgó su manto dorado, ese que le tejió Mi Madre y que el pobre aprecia tanto.

–Pero, Excelsa Majestad, ¿no será arriesgado

encomendarle a semejante pillastre la custodia de un niño?

–¿Y quién nos dice que así el morenucho no se nos corrige?... Por lo demás, tú sabes muy bien que mis Querubines nunca van tan lejos como para causar un grave daño, si es que llegan a cometer travesuras.

–Vuestros deseos serán cumplidos, Excelsa Majestad... Pero, lo que es yo, me lavo las manos.

Una sombra de tristeza veló el hermoso rostro de Jesús:

–Roque, Roque, tus últimas palabras me han hecho mucho daño. Me recuerdan a Pilatos, aquel romano que, por cobardía, dictó mi sentencia de muerte.

San Roque, afligidísimo, se levantó de un brinco y corrió a postrarse a los pies del Señor.

–Levántate, Roque –le dijo éste con dulzura. Y aprovechando este enternecimiento del Santo, agregó–: ¿Quedamos entonces en que el morenucho bajará a cuidar de Bartolillo Penanegra?

–Por cierto, por cierto, mi Buen Señor. Todo lo que Vos queráis.

Y una vez que Jesús se hubo marchado, San Roque se dijo a sí mismo, dándose con los puños en la calva venerable:

"Viejo porfiado, viejo necio, que has hecho

entristecer a Jesús. Tú debías estar en las Calderas del Malulo, rodeado de mil Querubines morenuchos".

Y secándose unas lágrimas, dignas, por lo gruesas, de un Querubín, anotó con su larga, larga pluma:

–BARTOLILLO PENANEGRA.– (¡Y qué bien te va el apellido con tal Angel de la Guarda!) –A. de la G., MORENUCHO.

Cuando el mal ponderado morenucho supo lo que el Señor había dispuesto respecto a su importante personilla, dio una voltereta en el aire y lanzó unos berridos muy poco celestiales, que equivalían al "¡hurrah!" que lanzáis vosotros, niñitos míos, cuando estáis contentos.

Esas dos semanas que faltaban para su partida las empleó en recibir los larguísimos sermones de San Roque. Le entraban por un oído y le salían por el otro. Antes de partir, la Virgen le dio un beso en la frente; le dio algunos consejos y le regaló un chocolate, exigiéndole su formal promesa de ser un verdadero Angel de la Guarda.

En un principio, debo reconocer que cumplió su palabra y todo fue bien y sin novedad, mientras Bartolillo Penanegra no cumplió dos años. Entonces comenzaron sus travesuras.

Y empezó así:

El papá y la mamá de Bartolillo almorzaban, como de costumbre, tranquilamente; la niñera departía confiada en el repostero con las otras sirvientas, cuando en la pieza del niño comenzaron a sentirse carreritas, arrastrar de sillas y golpes contra el suelo.

–Bartolillo ya sabe entretenerse solito –dijo la mamá, complacida.

–Bueno –repuso el papá–, ya era tiempo. No olvides que Bartolillo cumplió los dos años hace poco.

–¡Qué habiloso es! Figúrate que el otro día vio una vaca y dijo: "Muuuuuu"... ¡Pobrecito!

–Y si ve un auto, hace: "papú, papú"... Tiene la inteligencia de los González.

–Te equivocas. Ha salido a los Fernández.

–Perdóname, querida, a los González.

–No, señor, a los Fernández...

Y cuando sus voces comenzaban a subir de tono, se sintió un estrépito de vidrios rotos acompañado de un porrazo; un breve silencio y luego el llanto de Bartolillo.

Volaron todos escaleras arriba y allí encontraron al niño sentado en el suelo en medio de los restos de un florero y llorando a moco tendido.

–¿Qué pasó? ¿Qué fue? ¿Qué fue, mi lindo? –gritó la mamá, corriendo a levantarlo.

–¿Cómo hiciste esto, malito? –exclamó el papá.

–No, no, no he juío mí –repuso gimoteando Bartolillo. Ha juío mi Nanquelito de Aguaya.

–¡Qué chiquillo más pícaro! –dijeron los padres, comiéndoselo a besos–. Miren con lo que sale ahora.

–Si es puro González.

–Puro Fernández.

La mamá corrió al teléfono para contar a la abuelita Fernández, a los tíos Fernández y a los amigos Fernández, la gracia de su niño. Y cuando terminó la mamá, el papá cogió a su vez el teléfono para contar a la abuelita González, a los tíos González y a los González amigos la gracia de su heredero.

Pero lo que menos se imaginaban era que Bartolillo había dicho la pura y santa verdad y que era su Angel de la Guarda quien había volcado el florero.

Ahora sí que el morenucho comenzaba a divertirse en grande con el niño. Se divertían a morir, aunque siempre Bartolillo era el que sacaba la peor parte, pues como para todos los demás el Querubín era invisible, era él quien se llevaba los retos y las

palmadas a pompín pelado.

Cuando explicaba llorando que su Angel había "juio" el de las travesuras, no le creían.

–Miren lo que es celebrarle una gracia –decía su madre, muy preocupada. –Ahora le echa la culpa de todo a su Angel de la Guarda.

–Hay que corregirle –añadía papá–. Si no, va a criarse muy mentiroso.

Fuera de esto, el morenucho era medio tramposo. Cuando, en sus juegos, Bartolillo lo acorralaba, él se volvía invisible y se aprovechaba de esta ventaja para darle un coscorrón. Bartolillo soltaba el llanto, pero como tantas veces le habían dicho mentiroso, se cuidaba muy bien de decir por qué lloraba.

A veces le decía su mamá:

–Mira, Bartolo (solía decirle Bartolo cuando se enojaba de veras), cada día te pones más travieso y embustero. ¿No piensas que tu Angelito de la Guarda se pone triste y llora?

El niño callaba, pensando con filosofía:

"¡Cualquier día!" Mientras, el Querubín juntaba las manitas muy compungido, elevando los ojos al Cielo con el aire más inocente del mundo.

¡Qué delicia cuando, en el verano, fueron a la playa!

Había un "carrousel", una silla voladora, columpios y un tobogán.

"Esto sí que es lindo –se decía el Querubín, columpiándose con toda el alma–. Cómo me gustaría ser un niño de veras".

Después se subieron al tobogán; era uno de esos que al final tienen un resorte que hace saltar lejos a los niños, provocando sus carcajadas. El Querubín se sujetó a la cintura de Bartolillo; el tobogán se puso en marcha: comenzaron a deslizarse a gran velocidad y, al llegar al término, la tabla se levantó de golpe, lanzándolos sentados sobre la arena. Bartolillo no sufrió mayormente, protegido como estaba por sus pantaloncitos. En cambio, el morenucho, cuyo pollerín se había recogido al deslizarse, recibió el porrazo en carne viva, rasmillándose sus tiernas posaderas. El Querubín no estaba acostumbrado a sentir dolor y éste le pareció espantoso; en vano se sobaba las partes rasmilladas, pues el dolor continuaba; entonces decidió volar al Paraíso, a ver quien le ponía un poquito de árnica en las peladuras.

Siempre sobándose, llegó a las puertas del Cielo y tocó la campanilla. San Pedro asomó la cabeza para ver quién llegaba y al punto reconoció al morenucho:

–¿Que no es éste el majadero que me colgó el llavero en el Arbol de la Ciencia? Ahora vas a ver lo que significa bromear conmigo.

Y sacando un brazo por la ventanilla lo cogió de una alita, lo metió dentro de la portería, lo puso de boca sobre sus rodillas y le propinó dos palmadas en el sitio adolorido. A los gritos que daba el Querubín, acudió San Roque, que, al verlo, abrió los ojos asombrado.

–¿Cómo es que te hallas aquí sin permiso? ¿No sabes que está prohibido abandonar a los niños?... Si ya me lo imaginaba, ya me lo imaginaba. Ahora verás.

Y diciendo y haciendo, aplicó al morenucho otras dos palmadas en el mismo sitio. Luego lo llevó de una oreja y gimoteando delante del Señor.

–Aquí está, Excelsa Majestad, este mal Angel de la Guarda. Sin permiso alguno ha vuelto al Paraíso, dejando solo a Bartolillo.

El Señor miró con tristeza al morenucho.

–¿Cómo has podido hacer esto, morenucho?

–Yo..., venía nada más que... a que me pusieran ... un poquito de árnica aquí... –y llorando a mares, el Querubín le mostraba sus tres veces aporreada parte trasera. Me lo..., me lo lastimé jugando en el tobogán... y... San Pedro y... San Roque, en vez de



curarme, me..., me... pegaron más... encima.

San Roque se puso colorado y el Señor llamó al Patrón de los Boticarios para que curara al lloroso Querubín.

–Después arreglaremos cuentas –dijo, tratando de parecer severo.

Y en cuanto lo hubieron curado, voló a pedir disculpas a San Roque y le rogó que lo mandara nuevamente junto a Bartolillo, bajo formal promesa de que se comportaría como un verdadero Angel Guardián.

San Roque lo perdonó y el morenucho bajó gozoso a reunirse con Bartolillo, el cual miraba muy triste el mar, echando mucho de menos a su amigo el Querubín.

Un Querubín aventurero

En el Fundo de los Queltehues, del señor José del Carmen Porotos, se esperaba de un momento a otro la llegada de un niño. Todo estaba listo para recibirlo y su llegada había sido anunciada para esos días. Pero, con gran asombro e inquietud, los señores Porotos veían transcurrir los días sin que su niño apareciera. ¿Qué sucedía?

Don José del Carmen, seriamente preocupado, se decía:

"Pero ¿qué diablos sucede en el Cielo? Anuncian para un día determinado el nacimiento de una criatura y luego resulta que pasan los días y ésta no llega... Buen dar..., ¿no digo yo?... Si estoy que ya, que ya mando un artículo al diario protestando –porque el hacendado don José del Carmen Porotos tenía mucha fe en lo que publican los diarios–. Benaiga... sí, ¿no digo yo?, todo anda ahora patas arriba, hasta en el Cielo. Si aquí lo que hace falta es una política firme..., sí, señor.

San Roque, al recibir el reclamo enviado desde Los Queltehues, enterró la nariz en su libro grande y comenzó a hojearlo:

–¡Humm!, ... a ver, a ver, ¿dónde está?... jota, jota, jota, Javier, Jacinto, Joaquín, Jopito, José María, José Santos, José del Carmen Segundo Porotos, éste es... ¡Pero si ya salió para la tierra! ¡Salió el 7 de abril y ya estamos a 15!... ¿Cómo puede ser esto?... ¡Humm! Me da un pálpito de que voy a tener un nuevo disgusto por culpa de estos Querubines. Tendré que movilizar un buen número de Angeles para que busquen al dichoso José del Carmen Segundo y a su Angel de la Guarda. Vaya, vaya... y qué pesada se está poniendo, de un tiempo a esta parte, mi oficina. En fin... todo sea por la Gloria de Dios...

Y miles de ángeles fueron enviados a recorrer el mundo y los espacios siderales en busca de los dos viajeros.

Unos fueron a Europa, otros al Asia, quienes al Africa, o a Oceanía, o América, a la Luna, a Saturno, a Venus, etc.

Uno a uno iban regresando todos alicaídos con la noticia de que los perdidos no habían sido vistos por ninguna parte.

San Roque se mesaba las barbas desesperado,

¿qué diría el Señor? Y los papás Porotos se ponían cada vez más exigentes y don José del Carmen estaba que ya, que ya mandaba un artículo al diario.

Por fin, un buen día, uno de los mensajeros regresó con la noticia de que el niño y su Angel habían sido vistos en una aldea de indios salvajes en el interior de las selvas brasileñas.

Por un momento pensó San Roque si no habría dado mal la dirección al Querubín. Revisó nuevamente su libro... No; ahí constaba claramente:

"FUNDO LOS QUELTEHUES. Valle Central. CHILE.

Señora Doña Carmen Caldera de Porotos."

***

¿Y... entonces?

Entonces la explicación era muy sencilla: ambos se hallaban en aquellos lugares por la razón más simple del mundo: porque les daba la gana.

Los pequeños aventureros fueron llevados inmediatamente a presencia de San Roque, quien los esperaba de pie tras su gran escritorio, con ambos puños sobre la mesa. Su aspecto era aterrador.

Ambos culpables se presentaron ante él, sofocados por el susto y la marcha. Y ambos comenzaron a hacer unos pucheros de esos que a nosotras, las

madres, nos vuelven locas y nos hacen perdonarlo todo. Pero San Roque no estaba para enternecimientos y, al verlos llegar, dio un tremendo resoplido. Era tal su enojo, que las palabras se le atascaban en la garganta y tartamudeaba que era un contento:

–Pe... pedazos de trotamundos, gr, granujillas des... desobedientes. T, tunantuelos..., ¿cómo os habéis atrevido a mandaros mudar a... a otra parte?... Os voy a hacer pagar cara esta travesura. ¿No os da vergüenza haber tenido inquietos y afligidos a esos pobres padres y a medio Paraíso?... En fin –agregó más calmado–, os doy la oportunidad de explicaros.

Y sentándose en un sillón de cuero, prosiguió:

–A ver... ¿qué tenéis que decirme?

Los culpables se miraron el uno al otro y en seguida agacharon la cabecita.

–Vamos..., ¿qué decís?... Hablad de una vez.

Con voz tímida, con un hilo en la voz, balbuceó el Querubín, señalando a José del Carmen Segundo:

–Este... tenía ganas de... de conocer el mundo.

–Ahhhh... ah... –San Roque tomó una actitud muy dulce–. ¿Y usted, señor Querubín, tiene el corazón tan blando que no se pudo negar, ah?...

Muy bien, muy bien..., ¿y qué más?

José del Carmen, animado por tanta dulzura, señaló a su vez al angelito:

–Este me dijo..., me dijo que fuéramos, porque cuando llegue a mi casa, me van a envolver como un... un paquete... así, así..., y... y que va a pasar mucho tiempo antes de poder salir a conocer el mundo.

–¡Hummm! ¿con que así, no?... Y dígame, ¿por qué ese afán de conocer el mundo?

Ni la miel era más dulce que la voz de San Roque.

–Vaya... Es que voy a ser explorador cuando grande.

–Y... ¿NO PODÍA EL CABALLERITO ESPERAR A ESTAR CRECIDO PARA SALIR A VIAJAR, AH, AH? –tronó San Roque, golpeando la mesa con un puño.

Ambos aventureros, al escuchar tan sorpresivo estallido, se encogieron de nuevo como dos tortugas asustadas. San Roque comenzó a pasear de un extremo a otro de la sala, a grandes trancos, las manos a la espalda. De cuando en cuando estiraba un brazo y señalaba con el índice a los afligidos:

–Barrabases... Vagabundo... Increíble... Inaudito...

Aquello parecía no tener fin. José del Carmen

Segundo, futuro explorador, perdió toda su valentía y..., y... ¡pobrecito!, se mojó.

Por fin, San Roque, terminando su agitado paseo, tomó de nuevo asiento, cogió la pluma y, apuntando con ella a ambos, les dijo más calmado:

–Lo que habéis hecho está muy mal, pero muy mal... Mereceríais un severo castigo. Pero por esta vez, nada más que por esta vez, voy a hacer la vista gorda. Pero, ¡oídme!..., que no sepa yo de otra igual, porque el culpable, como que me llamo Roque, sabrá lo que es una paliza. Ahora, a descansar un poco y a comer otro poco, pues me imagino que debéis estar hambrientos.

Esto era muy cierto; las tripitas les hacían gulu, gulu, glu, y esto es signo de apetito en niños y en viejos, me imagino yo.

Cuando salían, San Roque retuvo al Querubín y le dijo en voz baja:

–Esto que voy a decirte, no quiero que lo escuche José del Carmen Segundo, porque no sería prudente. Has de saber que tú y sólo tú eres el culpable... ¡Menudo Angel Guardián serás, si ese pedacito de hombre te maneja! Conque adiós, y que no reciba más reclamos por tu causa.

El Querubín y su protegido, que no se soñaban salir tan bien librados de este trance, se alejaron felices.

Les sirvieron un riquísimo desayuno, con chocolate batido, "waffles" y mermelada de naranjas. Luego les sacudieron la pollerita y los encaminaron rumbo al fundo Los Queltehues.

Llegaron muy a tiempo, pues el señor Porotos terminaba en esos momentos de poner la dirección a un sobre, que decía:

"Señor
Director de El Radical.
PRESENTE."

Cuando le avisaron que el tan ansiado heredero había llegado, tiró lejos la pluma, volcó el tintero y si no se dio una voltereta en el suelo fue porque era muy barrigón. Todo su enojo desapareció al ver a su hijo tan gordote y lindo como que se había tomado un buen desayuno en el Cielo.

Los primeros años fueron interminables para el Querubín. Miraba impaciente a José del Carmen, y le parecía imposible que ese pequeño ser que andaba a gatas y tambaleándose llegara a ser un audaz explorador.

Pero como todo llega en la vida, llegó también el día en que Cuchepo, que así le decían a su hijo los señores Porotos, creció.

Al cumplir los seis años, papá Porotos le regaló un caballito; pero uno de veras, lindísimo, color

chocolate, uno de esos caballitos que llaman mampatos, chiquitos, mansos y corredores.

Si Cuchepo se alegró con el regalo, el Querubín casi enloquece de felicidad.

En un principio sólo podían salir acompañados por uno de los peones del fundo; pero el caballo era tan manso, que los padres terminaron por dejarlo salir solo.

Cuchepo bautizó a su caballo con el nombre de Conejo. Y ¡qué lindos ratos pasaron con él!

Lo malo es que no le daban descanso y no se conformaban con ir al pasito, sino que lo lanzaban a todo galope y a veces pretendían convertirlo en caballo de circo. Inventaban rodeos y topeaduras, hasta que Conejo, con ser tan manso, concluyó por perder la paciencia.

"Mocosos de moledera –se decía indignado–. Y lo que es a ése, el de las alitas, debían tenerlo amarrado, porque es el más loco de los dos".

Un día, después de mucho galopar, llegaron a un gran pantano en medio de un potrero. Entusiasmadísimos, decidieron cruzarlo y, cuando llegaron a la mitad, con gran asombro de su parte, comprobaron que Conejo no daba un paso más. Comenzaron a espolearlo, pero como sus diminutos talones no tenían más fuerza que una pulga, Conejo arrugaba el pellejo y seguía en sus trece. Para colmo de males, San Isidro, el de las Barbas de Oro, tuvo la mala ocurrencia de ponerse a regar la Tierra. Comenzó a nublarse y pronto cayeron los primeros goterones de lluvia.

–Oye –dijo Cuchepo–. ¿Por qué no te bajas y lo tiras de las riendas?

El Querubín miró el pantano y repuso:

–Es que... yo no sé hacerlo. Es mejor que lo hagas tú.

–Anda, no seas flojo...; bájate y verás que es bien, bien fácil; tomas las riendas y tiras.

–¿Y... si muerde el caballo?

–No seas tonto. Verás que no muerde.

–Entonces bájate tú.

–Es que..., me duele, me duele la nariz.

–Y a mí me está picando un dedo.

Y mientras discutían se iban calando hasta los huesos. Cuchepo no pudo contener el llanto y gimoteó:

–Yo quiero irme a mi casa.

El Querubín, aunque muy afligido, no se atrevía a llorar, y, recordando que era el Angel de la Guarda de Cuchepo, bajó del caballo; el barro le llegaba a las rodillas; comenzó a tirar las riendas de Conejo. Con el esfuerzo se puso coloradito y tiraba y tiraba, sin lograr otra cosa que Conejo

estirara el pescuezo.

–Ande, caballito lindo –le suplicaba, conteniendo el llanto–. No sea malito... Ande, ¿quiere?

Por fin, cansado de sus inútiles esfuerzos, el Querubín convenció a Cuchepo para que se apeara y tuvieron que salir por sus propios pies del pantano y regresar mojados y entumidos a las casas del fundo.

Conejo, muy satisfecho, lanzó un relincho sonoro; al cabo de un rato, después de revolcarse a su gusto en el pantano, regresó al fundo encantado de la vida. Les había dado una buena lección.

Cuchepo cayó a la cama con un fuerte resfriado. Pero el Querubín lo acompañó todo el tiempo, entreteniéndolo de tal manera que esos días de cama no se le hicieran insoportables a Cuchepo. Y cuando pudieron salir de nuevo, tuvieron buen cuidado de no molestar a Conejo.

Ambos corrieron un sinfín de aventuras, a cuál más linda, y cuando Cuchepo fue grande y se convirtió en un famoso explorador, vierais de cuántos peligros lo salvó el Querubín, que era ya todo un Angel grande y majestuoso.



Un Querubín porfiado

¿No me halláis toda la razón al decir que San Roque estaba pasando muy malos ratos con sus Querubines?

Imaginaos ahora cómo quedaría con este otro, que resultó ser un porfiado de siete suelas.

Había sido Angel Guardián de Periquito González, un niño de carácter muy dulce, el cual mientras esperaba su turno para nacer, pasaba el tiempo cortando flores y suspirando. Si veía caer la hoja de un árbol, se enternecía y lloraba. Periquito iba a ser poeta futurista.

Cuando el Querubín fue a buscarlo suspiró diciendo:

–Adiós, adiós, lonjas de cuero amarillo que caen del cíclope ambarino... Adiós, adiós... ¡Si pudiera sacarme los ojos y comérmelos!...

Periquito fue un poeta en cierne y afortunadamente voló al cielo a muy temprana edad.

Como os decía, este Querubín era más porfiado que un burro, y, cuando algo se le metía entre ceja y ceja, así viniera el mismísimo diablo a convencerlo de lo contrario, él no cedía.

A veces solían encontrarlo que ya, que ya se caía, sentado al borde de una estrella.

–¡Pero, niño! Ahí te vas a caer.

–No, no me caigo.

–¡Pero si estás al borde!

–No... estoy al centro –insistía el porfiado, que tenía medio pompito afuera y, de repente... ¡zas!, caía dando vueltas en el aire.

Un día se encontró cerca de la verja de oro un botoncito de hueso que alguno habría traído de la Tierra. ¡Sabe Dios por qué razones, el Querubín porfiado tuvo la mala ocurrencia de metérselo en la nariz. Pero, si le resultó fácil meterlo, sus apuros comenzaron cuando quiso sacárselo.

Muy afligido, se fue a ver a San Roque. Este se hallaba muy atareado anotando los nombres de los niños que debían bajar ese día a la Tierra.

Al verlo, levantó la vista del libro en que estaba escribiendo y, por sobre sus gafas, le preguntó impaciente:

–¿Qué deseas?

–Esde..., dengo un bodón en bi dadiz.



–Bueno, bueno, dale memorias –replicó San Roque, distraído, y siguió escribiendo.

El Querubín se retiró pensativo, pues el botón comenzaba a molestarle. Más allá se encontró con un compañero, el cual le preguntó:

–Oye..., ¿por qué tienes hinchado ese lado de la nariz?

–¿Yo?... Yo dengo un bodón en bi dadiz –y todo gangoso, levantando la cabecita, se lo mostró.

–¡Ohhhh!... ¿Y no duele eso?

–Do... ez buy dico.

–¡Ohhhh!... ¿Y no tienes otro para mí?

–Do... Y dangobo bodrías bedércelo, borgue ez buy difícil.

–¡Ohhhh!... ¿De veras?

–Glaro... Y be lo zago guando guiedo.

–¡Ohhhh!... ¿A ver?, sácatelo.

–Ahóda do guiedo zagábelo, borgue dengo gondunfiditis.

El compañero fue volando a contarles a los otros Querubines, que el porfiado tenía un botón en la nariz y que podía sacárselo cuando quisiera y que también tenía con–tun–fiditis. –¿Qué sería contunfiditis? Pronto el porfiado se vio rodeado por una multitud de Querubines que lo admiraban. Muy ufano, comenzó a darse importancia:

–Esdo do buedo hazer yo dada bás –les decía, pavoneándose. Pero nada agregaba sobre el fastidio que le estaba produciendo el dichoso botón.

Y cuando se hallaban en éstas, acertó a pasar la Virgen por ahí. Al ver el numeroso grupo, se preguntó:

"¿Qué se traerán esos diablillos?"; y acercándose divisó al porfiado, cuya nariz se veía notablemente hinchada.

–¡Hijo de mi alma! ¿Qué te ha pasado en la naricita?

Todos, a un tiempo, quisieron responder:

–Tiene un botón metido.

–Se lo saca cuando quiere.

–Yo quiero un botón para mí.

–Yo también.

–Yo no: yo quiero tener contunfiditis como él.

Luego llegó un rezagado, gritando:

–Yo también, yo también.

–Pero ¿qué quieres?

–Yo quiero lo que ellos quieren.

–Basta, basta de tarabillas –gritó la Señora, tapándose los oídos–. A ver, ¿cómo fue esto?

El Querubín, que se había puesto tan ufano, deslumbrando a los otros, no vio muy satisfecho la llegada de la Virgen y trató de escabullirse;

pero ella, cogiéndolo de un brazo, le examinó la naricilla:

–¿Qué barbaridad has hecho, hijo mío? –dijo asustada–. Ven conmigo, que esto no puede seguir así.

Y dejando a los demás con las boquitas abiertas, se marchó apresurada llevándolo de la manito.

–Do voy di voy gondigo –iba diciendo el testarudo–. Do voy di voy gondigo –mientras corría con sus piernecillas cortas, tratando de acomodar sus pasos al paso de la Virgen. Esta fue a buscar unas pinzas y, sentándolo en sus rodillas, le dijo:

–Ahora, mi lindo, vas a soplar hacia fuera para que yo pueda coger el botón... Ya, vamos, aquí asomó.

Pero, cuando estaba a punto de cogerlo, el Querubín sorbió la nariz.

–Pero, hijito mío, deja que lo saque. ¿No ves que esto es muy grave?

El Querubín sopló nuevamente, y nuevamente, cuando ya asomaba el botón, lo sorbió otra vez.

–Eres muy porfiado, Querubín.

–Do guiedo gue be lo zagues.

–¿Y si te regalo una cosa muy rica?

–Danbogo.

–¿Y si te llevo conmigo a visitar a los niños de la Tierra?

–Danbogo.

–¿Y si te doy un besito?

–Eeeeee, buedo... Ya.

Por fin salió el botón y el Querubín respiró aliviado.

La Virgen le dio un besito y... San Roque lo castigó.

Sí. Lo puso en un rincón de su oficina, con un cucurucho en la cabeza y un par de largas, largas, larguísimas orejas.

Por porfiado, por porfiado, colorín colorado.

Un Querubín curioso

San Roque, con su larga, larga pluma tras la oreja, miraba por sobre sus gafas a un Angelito chiquirrituco de pie delante de él.

–Ya sabes, pequeñín –le decía afablemente–. Procura ser un buen Angel de la Guarda. Eres un buen Querubín, pero..., ¡hummm!... debes tratar de vencer esa curiosidad que te come vivo... Bien. Ahora márchate y cuida de seguir mis consejos.

El Angelillo era un rubito de enormes ojos celestes, como el manto de la Virgen. Eran unos ojazos que miraban eternamente pasmados: todo le llamaba la atención y, tal como decía San Roque, la curiosidad lo consumía. No hubo rincón del Paraíso donde no metiera la naricilla respingona. Con deciros que, cierta vez, estuvo a punto de penetrar en el Santuario del Espíritu Santo y, si no lo detiene con su espada de llamas uno de los Serafines que

montan guardia en la puerta, el curiosillo hubiera penetrado un gran misterio. No escarmentó, no; a renglón seguido, lo fascinó la espada del Serafín, y estuvo cerca de una hora haciéndole preguntas:

–Oiga..., ¿de qué es esa espada?

–De fuego...

–¿Y por qué es de fuego?

–Pues..., porque así la hicieron.

–Ah... ¿Y por qué la hicieron así, ah?

–Porque Dios lo ordenó.

–¿Y por qué Dios lo ordenó así?

–¡Qué sé yo!... Mira, chiquillo... ahora largo de aquí.

–Por qué ahora y no después, ¿ah?

–Por las llamas de mi espada... Porque te digo que te vayas ahora mismo, ¿oíste?

–Oiga..., ¿me deja tomar su espada?

–¿Estás loco?

–¿Por qué estoy loco?

–¿No ves que te quemas?

–¿Y por qué me quema?

El Serafín, aburrido, miró a todos lados y, como no viera a nadie por ahí cerca, cogió al curiosillo de la nariz y se la sacudió, diciendo:

–Por los mil demonios del Averno, lárgate de aquí y que no te vea más por estos lados.

El Querubín se sobó la nariz con ambas manos y, retirándose a prudente distancia, prosiguió con sus preguntas:

–¿Por qué tiene usted el pelo tan largo?

–¿Por qué no me importa?

–¿Por qué soy un majadero?

Y así hubiera seguido, si el pobre Serafín, desesperado, no hubiera hecho ademán de darle unos cintarazos con su espada.

Como veis, era de una curiosidad a toda prueba.

Una vez que San Roque le hubo entregado sus credenciales, se fue en busca de Tadeo Malaspulgas, el niño que se le había confiado.

Era éste un pequeñín muy ñato, mal agestado y con un gran copete de pelo negro en la cabeza.

Cuando llegó el Querubín, Tadeo ya estaba listo, aguardándolo:

–Viene usted con diez segundos de retraso, amigo mío –le dijo con tono sentencioso.

–¿Por qué? –preguntó el Querubín, abriendo los ojazos y metiéndose un dedito en la nariz.

–Porque el reloj de arena así lo indica –repuso el chico, dándose importancia.

El Querubín lo miraba pasmado.

–Oye..., ¿Por qué tienes ese plumero en la cabeza? –comenzó a preguntar, mientras bajaban a

la Tierra.

–Ese plumero, como usted lo llama, amigo mío, caerá a su debido tiempo y yo seré pelado como Selene.

–¿Cómo quéee?...

–Selene, amigo mío, es la Luna... Sí; yo seré calvo.

–¿Y por qué?

–Porque yo voy a ser catedrático.

–Y, ¿qué es ser ca–dre–tá–tico, ah?

–Uf... ¡qué ignorancia la suya, amigo mío!... Catedrático, ca-te-drático..., ¿entiende? Un catedrático es una persona culta, que todo lo sabe y nadie sabe más que él.

–¿Por qué él lo sabe todo y na...?

Aquí, Tadeo, haciendo honor a su apellido, repuso con mal humor, interrumpiéndole:

–No sea preguntón, amigo mío...; observe, analice, raciocine, deduzca.

–¿Y qué es hacer todo eso, ah?

Cuando llegaron a su destino, el brillante catedrático sentía la cabeza mareada y adolorida. Hizo, pues, su entrada a la vida con unos berridos furiosos y amarillo por la ictericia.

El Querubín, cuando vio a Tadeo Malaspulgas en su cuna, se le quedó mirando asombrado y un

tropel de preguntas acudieron a sus labios:

–¿Por qué lo habían envuelto como a un paquete? ¿Por qué sólo le asomaba la cabeza con su plumero negro? ¿Por qué chillaba tanto? ¿Por qué en lugar de hablar como persona decente, sólo hacía: Ngaa..., ngaaa?...

Tadeo se conformó con mirarlo furibundo.

En vista de que este niño sólo hacía ruidos raros, el Angelillo decidió inspeccionarlo todo, todo, de manera que no le quedara nada por conocer.

Metió un dedo en el pequeño lavatorio; hizo sonar el cascabel; le quitó el chupete a Tadeo para probar qué gusto tenía; abrió un cajón y sacó unos pañales; se trepó a la lámpara y se entretuvo en encender y apagar la luz, consumido de ganas de saber por qué encendía y apagaba, hasta que terminó por quemar la ampolleta. Todo lo quería saber y se desesperaba al no lograr que Tadeo le respondiera.

En una oportunidad, vio en el cuarto de planchar unos frascos y comenzó a olerlos uno por uno, hasta llegar al que guardaba el amoníaco... ¡Qué espanto, Dios mío!... Estuvo llorando toda una tarde y luego se quedó profundamente dormido. En otra oportunidad, vio cómo la empleada ponía una trampa de cazar lauchas en un rincón de la pieza. Por supuesto, que metió el dedito y la trampa cayó,

aprisionándolo... Ay, ay, ayayayayyyy... ¡qué dolor tan grande y qué susto aún más grande, al ver que su dedito se le iba poniendo negro! Agitó las alitas desesperado y, tras muchas fatigas, logró soltarlo. No hallando otro remedio, comenzó a chupárselo desesperadamente, llorando sin consuelo. Afligidísimo, fue a instalarse junto a la cuna de Tadeo, quien lo miraba fijamente. El Querubín adivinó lo que el futuro catedrático estaba pensando:

"Usted es un curioso, amigo mío. Si bien la curiosidad es, por una parte, valiosa para el sabio, es, por otra parte, nefasta para el ignorante. Reflexione, reflexione, amigo, amigo mío: reflexione antes de obrar."

Poco tiempo después, Tadeo Malaspulgas le pidió a la Virgen, una noche, que le cambiara de Angel Guardián. Ese Querubín podría entorpecer más tarde su labor con su terrible curiosidad. Y el Querubín fue devuelto al Cielo. Y allí sucedió algo tan, pero tan extraordinario, que vale la pena contarlo. Escuchad:

Cierto día, llevado por su eterna curiosidad, llegó hasta un lugar remoto del Paraíso, allí donde no llegan ni los Angeles más antiguos. Es un lugar solitario: sólo se ven inmensos astros que flotan en el espacio y nubes enormes, gigantescas y arremolinadas; silba constantemente un viento poderoso, y rayos y relámpagos surcan los espacios. Allí, sobre un cojín de nubes sombrías vio una inmensa trompeta de oro refulgente.

Todo fue verla y sentir su curiosidad aguzada al máximo. Cierto es que sentía un poquito de miedo; el paisaje era terrible y majestuoso; pero, ¡ay!, su curiosidad era infinita. Avanzó cauteloso; miró hacia todos lados y, no viendo a nadie cerca, se aventuró hasta la enorme trompeta. Acercó su boquita y sopló un poco, apenas. No salió ningún ruido. Sopló más fuerte y nada; envalentonado, sopló entonces con todas sus fuerzas, hasta quedar rojo. De la trompeta salió un sonido escalofriante, agudo, que helaba la sangre y los huesos. Al principio era débil, pero fue creciendo cada vez más intenso, poblando los ámbitos del Paraíso y llenando el Universo entero con su horrendo sonido. Los inmensos astros se bambolearon, amenazando caer. Las nubes se agrupaban como un ejército de blancos fantasmas y rayos y relámpagos comenzaron a arder en todas direcciones. Los truenos rodaban por entre las nubes, y a su fragor se unieron los gritos y las carreras de los bienaventurados y el batir de alas de millares de Angeles que volaban en todas direcciones.

El Querubín soltó horrorizado aquel horrible

instrumento que se estremecía como si estuviera vivo y amenazara saltar para darle una tunda de trompetazos.

Volando a todo volar, fue a esconderse bajo el sillón de San Roque, tapándose las orejitas para no escuchar ese espantoso sonido que vibraba en el aire y llenaba a todos de pavor.

Los cuatro Arcángeles, con sus espadas de fuego, recorrían el cielo, tratando de calmar los ánimos. Y después bajaron a toda prisa a la Tierra para decir a los muertos que volvieran a sus tumbas, pues ya comenzaban a destapar las losas de sus sepulcros, obedeciendo el llamado de la trompeta. Pues ya habréis adivinado que no era otra que la trompeta del Juicio Final.

Cuando todo estuvo en calma y los ánimos serenos, el Señor inició un sumario, para averiguar quién era el culpable.

Fue muy sencillo dar con él.

Ante todo el Paraíso reunido, Jesús se dispuso a interrogarlo. La Virgen Santísima, que tiene su trono junto al de Jesús, le susurró al oído:

–No seas demasiado severo, hijo mío... Piensa que es tan pequeñito.

En medio de un profundo silencio, apareció tembloroso el culpable. De susto le picaba todo



el cuerpo. Avanzó chiquitito por entre las filas de Santos y las legiones de Angeles. Iba haciendo pucheros de angustia que ya, que ya lloraba. Se detuvo ante el trono del Señor. Muerto de nerviosidad, con sus manitas crispadas iba enrollando el faldellín de su pollerita.

–¿Cómo has osado hacer sonar la trompeta del Juicio Final? –preguntó el Señor–. ¿No sabes que es una falta gravísima, la más grave que podías cometer?

Y he aquí que, con una pregunta, lo salvó su curiosidad:

–¿Po..., por qué es tan gravísima, ah?

Todos escondieron la cara para sofocar la risa. Los Angeles con sus alas y los Santos con sus mantos. Los Profetas miraron a otro lado.

–Porque esa trompeta sólo habrá de sonar cuando mi Padre lo disponga.

–¿Y por qué no ahora?

El sumario terminó aquí. El Señor cerró el juicio, ordenando que el culpable no volviera a estar solo, dándose por primera vez el caso de que un Querubín tuviera un Angel Guardián.

Pero San Roque pensó que éste no era un castigo suficiente y, a solas en su oficina, propinó al curiosillo unas palmadas en sitio apropiado.

Mientras recibía su castigo, el Querubín le contaba entusiasmado el susto que sintió al ver cómo las nubes se aglomeraban y los astros se bamboleaban y los rayos se encendían. De pronto recordó que le estaban dando una zurra y se echó a llorar.

Un Querubín cachurero

Y este era un gordito colorín, riquísimo.

Como era muy cuidadoso y muy solicitado, ostentaba sobre la cabecita más de cinco aureolas de oro, de tal modo que parecía un pequeño obispo.

Este Querubín tenía la afición del "cachureo". Cada vez que regresaba al Cielo, traía consigo cuanta cosa había podido recoger en la Tierra. ¿Y sabéis dónde escondía sus tesoros?... Nada menos que detrás de un gran armario que San Roque tenía en su oficina, donde guardaba sus libros y pergaminos.

Allí iba depositando sus tesoros, y os aseguro que era el más variado cachureo que darse pueda: allí podían verse, entre otras cosas, una barba de corsé, un botón de carabinero, una cajita de fósforos, unas carretillas de hilo, dos carretes vacíos de máquina de escribir, una ampolleta quemada, una

cacerola desportillada, una mamadera desfondada, un chupete agujereado, unos muñecos sin cabeza, en fin, un verdadero arsenal de trastos viejos. Y este cachureo era para el colorín la delicia de sus ojos.

Cuando nadie lo veía, entraba en la oficina y, metido tras el armario, deleitábase contemplando sus tesoros. También recogía cuanto encontraba en el Cielo: plumas de alas, hasta una vieja sandalia de San Pedro. Cada día aumentaba su colección con algo nuevo.

Así sucedió que cierta vez halló en la puerta del Paraíso una llave sobre el suelo y se la llevó consigo. San Pedro la buscó por todas partes y no la encontró.

El resultado era que nadie podía encontrar los objetos que se perdían, cierto es que nadie tampoco hubiera tenido la ocurrencia de mirar tras el armario de San Roque.

Y todo hubiera permanecido en secreto si el angelillo no hubiera sido nombrado Angel Guardián de Pelusita Cambalache, la cual era una niñita que se pasaba pegada a la verja de oro haciendo negocios con los Angelitos.

¡Qué de cosas lindas le tenían sus papás a la niña!

El Querubín las devoraba con los ojos, pensando en lo bien que le vendrían a su colección. Por ejemplo: ¿podía haber nada más precioso que esa regadera pintada de verde?... Es cierto que estaba abollada y que le faltaba el asa, pero esto aumentaba su encanto a los ojos del Querubín... ¡Qué linda era!... Si Pelusita se la regalara... La tenía arrinconada y jamás jugaba con ella.

–Oye, Pelusita –le dijo un día–, ¿me regalas esa regadera, quieres?

Bastó que el Querubín se antojara de ella para que Pelusita se negara a dársela; aunque bien podían haberla arrojado a la basura sin que ella se diera cuenta.

–No... no queyo..., es mía.

–Oye, Pelusita... sé buena..., dámela a mí; tú ni siquiera juegas con ella, ¿ah? ¿ah? ¿quieres, ah?

–No,... no queyo... es mía, mía, mía, mía.

–Mala... no te quiero.

–Beeeee..., buuuuuuu... yo queyo que me queyas... buuuuuu.

–Ya, bueno... pero ¿me regalas tu regadera?

–NOOOOOOOO... es mía, mía, mía.

–Entonces no te quiero..., ni un poquito así, así, te quiero.

–Siiiiii... quéyemeeeee... quéyemeee. Ahhhhh... buuuuuu. BAAAAAAAA.

El pobre Querubín se tapó los oídos y tuvo que acceder desesperado. Con esa fierecilla no cabían arreglos y el pobre ya no tenía nada que cambiar.

Así las cosas, y con lo regalona que sus padres la tenían, Pelusita no comía sino dulces y terminó por debilitarse. Entonces el médico le recetó hígado de ternera. ¡Uff!, no le gustaba a la regalona. Lloraba la mamá, lloraba la niña a la hora de almuerzo. No había forma de que lo comiera. Hasta que por fin, cuando la amenazaron con castigarla, prometió comérselo, pero si la dejaban "cholita a ella".

Cuando quedó sola miró al Querubín.

–Oye... ¿queyes la regadeya?

Este creyó desvanecerse de alegría.

–Claro... ¿me la das?... ¿Bien de veras que me la das?

–Pero tú te comes eso.

El Querubín arrugó la naricilla.

Miró la regadera.

Miró el plato.

Miró la regadera. Y aceptó. Es decir, a medias. O sea, que no se comió el hígado de ternera, sino que lo escondió dentro de la regadera. Y durante unos días allí mismo iba a dar el guiso.

Pero como la niña seguía sin engordar, decidieron suprimir el hígado de ternera.

El Querubín, conociendo por amarga experiencia lo tramposa que era Pelusita, temió que un buen día le quitara la regadera, y una noche, se escapó al Paraíso; confundido entre un grupo de almas benditas que en ese momento llegaban, entró, y fue a esconder su querida regadera en el sitio consabido. Lo malo fue que, en el apuro, olvidó arrojar los bisteques de hígado.

Pronto comenzó San Roque a sentir un olor desagradable al entrar a su oficina. Notó que, también, cuantos llegaban a ella husmeaban el aire y fruncían la nariz.

El olor se fue haciendo más penetrante a medida que pasaba el tiempo. San Roque comenzó a revisar su oficina. Miró bien bajo la mesa, por los sillones, tras las cortinas y, por último, descorrió el armario.

"Es raro –se dijo, pellizcándose una oreja. Este olor no es del Cielo. Es olor a tierra, a putrefacción... Veamos, veamos..." y, Dios mío, lo que encontró! Un montón de objetos a cuál más raro y más viejo.

"¿Y quién ha tomado mi oficina por basural?

–se decía, temblando de indignación–. Esta es obra de uno de los Querubines que, de un tiempo a esta parte, parecen locos. ¡Ay del que haya sido! Y

lleno de justa ira, cogió su campanilla y comenzó a tocarla furiosamente.

Al oírla, acudieron los Querubines asustados.

–A ver... ¿quién de ustedes ha sido el que ha llenado de basuras mi oficina, a ver?

Todos se miraron, unos a otros.

–Yo no he sido.

–Yo tampoco.

–Ni yo.

–Ni mí.

Ahora bien, San Roque sabe que ningún Angel puede mentir, por travieso que sea.

–Entonces..., ¿quién es?

Nadie lo sabía.

San Roque hizo que entre todos sacaran afuera el cachureo y allí comenzó lo gracioso:

–¡Ohhhh!... aquí está la llave que se le perdió a San Pedro.

–Y aquí está la pluma de San Juan Evangelista, que no podía encontrarla.

–¿No es ésta una de las espuelas de Santiago Apóstol?

Y así fueron apareciendo todos los objetos extraviados a los santos.

San Roque cogió la famosa regadera y, tapándose la nariz, ordenó que la arrojaran al Infierno,

que es donde se bota la basurilla del Paraíso. Allí fueron a parar los tesoros del pobre Querubín, salvo aquellos que tenían un dueño.

Imaginaos la amargura del pobrecito cuando, después de cumplida su misión, regresó al Cielo y halló que su cachureo había desaparecido. Miraba y remiraba, sin poder convencerse de su desgracia. Los sollozos hinchaban su garganta y gruesos lagrimones comenzaron a rodar por sus mejillas. Muerto de pena, sentado en el suelo, se cubrió la carita con ambas manos.

–Ay, ay, ay... Mis cositas lindas... Todas me las han botado... Ay, ay, ay...

Así lo halló San Roque. Al verlo tan afligido, se desvaneció su enfado. Había pensado dar al culpable un buen castigo cuando lo encontrara, pero... ¿quién tenía corazón para castigar al afligido Querubín? Lo tomó en sus brazos y, sentándolo en sus rodillas, comenzó a consolarlo:

–Bueno, bueno... Este, ¡hum!, yo, yo no sabía, quiero decir que... No me imaginé... No llores más. Para otra vez te buscas un lugar más apropiado para juntar tus trastos viejos.

–NOOOOO, ay, no eran viejos... eran lindos.

–Sí, hombre, sí –carraspeó San Roque, pensando en la vieja sandalia de San Pedro.

Como el Querubín siguiera llorando inconsolable, pues los consuelos del bonísimo San Roque eran muy poco convincentes, el Santo se rascó la cabeza perplejo.

–Bueno, bueno... No llores más... Mira, creo que por ahí tengo unas plumas usadas, espérate, que voy a ver. –Y poniendo al Querubín en el suelo, comenzó a trajinar su escritorio.

El Querubín lo miraba suspirando de tanto en tanto y secándose las lágrimas con la palma de la mano.

–¡Aquí están! –dijo triunfante San Roque, abriendo uno de los cajones–. ¡Mira qué lindas! Toma, te las regalo...

El Querubín cogió las plumas y San Roque lo miró muy satisfecho. Pero cuando el angelito parecía ya calmado, recordó su regadera y todos sus tesoros perdidos y rompió a llorar ruidosamente.

San Roque dio un respingo y se echó a buscar nuevas cosas.

–Hola, hola... aquí encuentro un tintero vacío... y mira, mira, te regalo también este libro sin tapa y estas tapas sin libro y este pisapapeles. Ahora no llores más, sino que, como un angelito valiente y bueno, te vas a jugar con estas lindas cositas que te he regalado... Eso es, eso es... Yo te prometo guar-

dar para ti todo lo que no me sirva, ¿estamos?

A medias consolado, se marchó el Querubín.

San Roque se dejó caer sofocado en su sillón:

–Estos niños, estos niños –murmuró abanicándose con un secante.

Un Querubín amistoso

Estoy segura, segurísima, de que quien verdaderamente sacó de sus casillas a San Roque fue este Querubín. No tenía otro defecto que ser demasiado amistoso. Sí, queriditos míos, vosotros me diréis que esto no es un defecto, pero yo os probaré ahora que, a veces, suele serlo.

Este Querubín, que era lindísimo, cambiaba de amigos como quien se cambia de calcetines. Como era muy bueno, todos lo querían, y nada hubiera sucedido si, en una ocasión, vagando por allí, no hubiera tenido la ocurrencia de ir a parar a un rincón sombrío del Paraíso, desde donde arrojan al Infierno las basurillas. Hay allí una puerta pequeña. Asomándose por ella puede verse, muy, muy abajo, la entrada del Infierno y hasta se siente un calorcillo con olor a azufre bastante desagradable.

Por aquella puertecita asomó el Querubín su

cabeza ensortijada. ¿Qué creéis que vio?... Pues, nada menos que a un diablillo más o menos de su porte. Estaba hurgando afanoso entre los montones de desperdicios y movía su rabo corto y enroscado como el de un marranito.

El Querubín se quedó contemplando embelesado sus rápidos movimientos. Se despertaba en él su sentimiento amistoso. El diablejo parecía un tizón, con sus cachitos que apenas comenzaban a asomarle sobre la frente y unas patitas de cabritillo. Pero lo que más fascinó al Querubín fue oírlo silbar.

En aquellos tejemanejes, el pequeño demonio iba silbando, ¡qué divertido era!

–Psst, psst... –lo llamó el Querubín.

El diablillo pegó un respingo y, arrojándose de cabeza en un montón de basuras, se quedó quietecito.

–Psst, psst... –volvió a llamar el Querubín, que ya tenía medio cuerpo afuera y corría el peligro de caerse.

El diablillo se rebulló inquieto y, por fin, asomó el hociquito, en el cual se le habían pegado unas plumas.

–Oye... Mira para arriba, aquí –gritó el Querubín.

Dos ojos vivísimos y colorados se clavaron en él.

–¿Quién eres? –volvió a preguntar el Querubín.

No viendo peligro, el diablillo salió de su escondite, inmundo como bien podéis imaginaros. Medio receloso se fue acercando al Angelito, quien lo recibió con la más amistosa de sus sonrisas. El diablejo, de pie sobre unas nubes, lo miraba moviendo el rabo y un dedo en la nariz. De vez en cuando, guiñaba los ojos piturrientos como si la luz le escociera.

–Cómo te va –saludó con su vocecilla ronca.

–Bien. ¿Y a ti?

–Bien, también.

Y se quedaron mirando un largo rato en silencio.

El Querubín pensaba desesperadamente en qué cosa mostrarle para iniciar una sólida amistad. Por fin encontró una hebilla de oro.

–Mira.

–¿Qué es eso?

–Es mío... Te lo regalo.

El diablejo alargó la zarpa, cogió la hebilla, la miró y se la guardó.

–¿No me das las gracias?

–No..., no me da la gana.

–¿No te gusta la hebilla?

–Psss.

El Querubín lo contemplaba ansioso.

–Oye... yo tengo alitas. Mira.

–Psss...

–A mí me dan chocolates.

–Psss.

–Mi mamita Virgen tiene un manto de estrellas.

–Psss... La mía tiene un rabo bien, bien largo.

–¿De veras?... ¿De qué largo?

–Psss... No se puede medir de puro largo.

–Oye... Ya están llamando para ir a cantar. Mañana vuelvo y te voy a regalar una cosita bien, bien linda. ¿Quieres?... ¡Ah!, ¿cómo te llamas?

–Cachitos, pero me dicen el Naa Pelos, porque soy pelao.

–Adiós, Cachitos, adiós.

Así se inició la nueva amistad de nuestro Querubín.

Todos los días se escapaba para conversar con su flamante amigo, llevándole regalos.

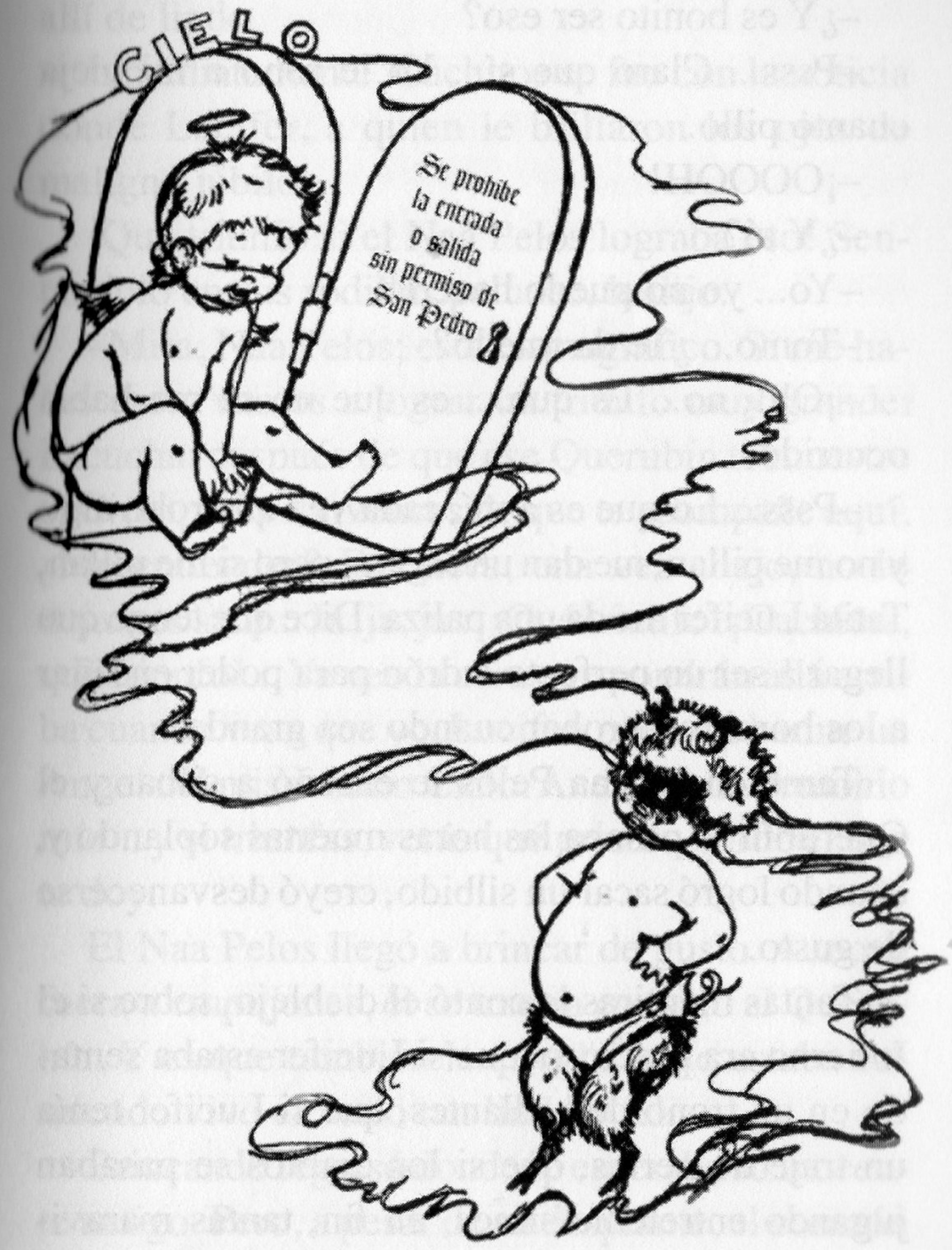
Todas las mañanas, el diablillo lo esperaba, escarbándose la nariz y rascándose con la otra mano el traserito.

Cachitos era un mentiroso terrible. Tenía mareado al Querubín con sus historias.

–Oye, ¿qué vas a ser tú cuando grande?

–¿Quién? ¿Yo?... Yo voy a ser Angel de la Guarda de un niño. ¿Y tú?

–Yo voy a ser el Patrón de los Pungas.



–¿Qué es eso punga?

–Ladrón.

–¿Y es bonito ser eso?

–Psss... Claro que sí... Yo le robo a mi vieja cuanto pillo.

–¡OOOOH!

–¿Y tú?

–Yo... yo no puedo hacerlo.

–Tonto... ¿Te da miedo?

–¡Oh!, no... Es que..., es que no se me había ocurrido.

–Psss... Lo que es a mí, cada vez que robo algo y no me pillan, me dan un regalo; pero si me pillan, Tatita Lucifer me da una paliza. Dice que tengo que llegar a ser un perfecto ladrón para poder enseñar a los hombres a robar cuando sea grande.

También el Naa Pelos le enseñó a silbar y el Querubín se pasaba las horas muertas soplando y, cuando logró sacar un silbido, creyó desvanecerse de gusto.

Tantas mentiras le contó el diablejo, sobre si el Infierno era precioso, que si Lucifer estaba sentado en un trono de brillantes, que si Lucifer tenía un traje de perlas, que si los diablos se pasaban jugando entretenidísimos, en fin, tantas maravillas, que el Querubín, por su parte, quiso también

mostrarle las bellezas del Paraíso. Un buen día lo invitó a entrar al Cielo para mostrarle cuanto había allí de lindo.

Inmediatamente, Cachitos se fue con la noticia donde Lucifer, a quien le brillaron los ojos de maligno júbilo.

¡Qué triunfo si el Naa Pelos lograba eso! Sentándolo en sus rodillas peludas, le dijo:

–Mira, Naa Pelos; esto es magnífico. Si me haces caso, vamos a lograr un triunfo muy grande. Escucha: después de que ese Querubín te muestre el Cielo, tú lo convences de que te acompañe aquí. ¿Me entiendes? Entonces, una vez abajo, no lo dejamos salir... Ja, ja, ja... ¡Qué triunfo! ¡Cachitos, qué triunfo!... Ya veo la cara que pondrán allá arriba cuando vean que yo, Lucifer, puedo robarme un Angel del mismísimo Cielo. Anda, anda, demonio mío... y si triunfas, verás qué premio gordo el que te doy.

El Naa Pelos llegó a brincar de gusto. Aunque fuera a empujones, él se traería consigo al Querubín. Y es que también la envidia se lo estaba comiendo vivo al verlo tan lindo y feliz.

Brincando regresó donde lo esperaba su inocente amigo. Pero, a pesar de su desplante, el corazón le hacía paca paca al pisar la puerta del Paraíso.

Era todo tan hermoso, tan divinamente hermoso, como Cachitos no había soñado jamás.

Orgulloso le preguntó el Querubín:

–¿Te gusta?

–Psss –hizo el Naa Pelos, a quien se le atragantaban las palabras.

Tomados de la mano se fueron entrando por los hermosos senderos del Cielo.

Pero... aquel diablejo despedía un olor horrible, como el de un zorrino. En el Paraíso el aire es purísimo y todos tienen el olfato delicado; pronto el Naa Pelos delató su presencia. Además, por donde pasaban iba dejando un tizne. No las tenía todas consigo. Sabía que en el Cielo hay unos ángeles muy bravos con espadas de fuego para combatir a los demonios. De modo que a cada instante pegaba un brinco.

–Oye –dijo por fin–, ¿por qué no vienes ahora a mi casa?

–¿De veras que me dejas ir contigo?

–Claro... Y jugamos con mis compañeros y te regalo hartas cosas.

–Pero... yo tengo que pedirle permiso a San Roque.

–Tonto, ¿para qué? Si no se va a dar ni cuenta.

–Pero... es que eso es malo. Y yo no lo puedo hacer.

–¡Qué va!... Vieras que es lindo allá abajo... Tengo montones de juguetes, así de grandes los montones... y si vas conmigo, mi Tatita Lucifer te enseñará a silbar de veras y hasta te regalará unos cachitos como los míos.

–¿De veras?... ¿Bien de veras? –balbuceó completamente extasiado el Querubín. Cachitos lo arrastraba de la mano. Y ya llegaban a la puerta, cuando apareció desalado San Miguel, blandiendo su espada de fuego. Cogió rápidamente de un brazo al Querubín en el instante mismo en que Cachitos lo obligaba a saltar hacia abajo.

–Largo, largo de aquí, Satanás –gritó con voz tonante. Torna a tus abismos infernales.

Muerto de espanto, el Naa Pelos salió disparado arrojándose de cabeza al Infierno.

–Pero, Angelillo mío –gritaba el Arcángel, sacudiendo al asustado Querubín–. ¿No te das cuenta de que si llegas a marcharte con ese horrible bicho estabas perdido para siempre? Vamos, no llores más, pero no vuelvas a hacerlo nunca, nunca.

En el Cielo la conmoción era inmensa. Los Santos se sentían enfermos, el amistosito temblaba horrorizado en brazos de la Virgen, y San Roque, apuradísimo, hacía acarrear baldes y escobillas para limpiar los feísimos tiznes que el diablillo dejara.

Por último, cogieron al Querubín y lo metieron al baño y lo refregaron para que pudieran salirle las manchas. Salió el tizne pero el Querubín tuvo que estar alejado mucho tiempo hasta que le desapareciera el mal olor. San Roque tuvo que hacer poner en aquella puerta un gran candado, no sin antes recibir un sartal de insolencias que doña Lucifera, con los brazos en jarras, le gritaba desde abajo.

Por cierto que San Roque no se ha animado a nombrar Angel de la Guarda al Querubín amistoso. Por el momento, es algo expuesto.

Y éstos son los cuentos de los nueve Querubines que tanto quehacer dieron a San Roque.

Esto pasó hace muchísimos años; y ahora son verdaderos Angeles, en los cuales ha puesto el Señor todo su orgullo.

Y colorín colorado, este cuento ha terminado.

Esther Cosani:
la autora y su obra

Una experiencia maravillosa y enriquecedora a la vez es volver los ojos hacia la infancia. Hacer un viaje introspectivo y hurgar en los lugares más recónditos de nuestros recuerdos, olvidando, por un tiempo, este mundo convulso y apresurado en el que el hombre ya no se atreve a competir con la máquina y donde el progreso mecánico es a veces más importante que una actitud generosa, una palabra de estímulo o una flor silvestre.

¡Y qué sorpresas encantadoras encontramos en este recorrido al revés! En un recodo aparecen, como luces, los colores que más nos impresionaron. Más allá, enrolladitas como un ovillo, las canciones infantiles, que al primer tirón empiezan a reconstruirse en su ritmo, melodía y palabras eufóricas, llenas de significación. A cada vuelta una sorpresa: un vestido maravilloso, magnificado por el recuerdo; un postre cuyo sabor no es real; un paseo a un lugar encantado; animales regalones con extraordinarias cualidades de inteligencia y habilidad; juguetes casi mágicos que se

mueven solos y responden con palabras justas y sabias a nuestras preguntas. Y llegamos al centro de los recuerdos.

En el lugar más importante, en aquel espacio, azul y luminoso del ensueño y la fantasía, están los libros de cuentos, las historias y las narraciones que oímos en aquellas hermosas veladas de invierno o en las tardes luminosas y sin fin del verano.

Cuando arribamos a este lugar hechicero salen a recibirnos hadas, duendes, brujas, silfos, gnomos, animales que hablan y calzan botas maravillosas, dragones y príncipes encantados. Hemos llegado al mundo de nuestra niñez.

"Contar es encantar"

Y esto es lo que me pasó al leer *Cuentos a Beatriz*. Ver este libro y tomar pasaje al mundo de la infancia, fue todo uno. Comenzar a leer los cuentos y sufrir el encantamiento que de ellos emanaba, el paso siguiente. Fue la infancia reencontrada. Recordé mis años de niña lectora, ávida de cosas y de conocimientos. El tiempo se detuvo y entré en el círculo mágico de la narración. En ese momento tomaron sentido las palabras de la Mistral, "contar es encantar", porque olvidé la ansiedad del

quehacer afanoso y tomé posesión de ese mundo tan esquivo y lejano que de vez en cuando deja asomar algunos vestigios de su riqueza.

Y creí en las historias de los niños y los ángeles, porque quise creer en ellas, tal como lo hace el niño que sabe que su muñeco no habla, pero él quiere creer que lo hace, porque las respuestas se las da a sí mismo y se contesta lo que verdaderamente quiere oír.

Este viaje introspectivo al mundo encantado de la infancia nos abre perspectivas para entender, sin la minuciosidad rigurosa de la inducción científica, eso tan sencillo y a la vez tan complejo que es el mundo de los niños. No se necesita ser un hombre de ciencias o un estudioso de la psiquis humana para penetrar en el alma de un pequeño. Son los seres menos cercanos a los conocimientos científicos quienes se aproximan más y con mayor respeto a esta fase de la existencia, entran en ella con soltura y propiedad y son capaces de recorrer sus caminos misteriosos sin perderse. Entre estos seres están las madres y los poetas.

Esther Cosani está entre estos seres privilegiados. Es madre y escritora. Posee las mejores armas para comprender esa totalidad misteriosa que es la niñez. Por eso es capaz de escribir y llegar a

los niños. No es tarea fácil hacerlo. Hay quienes piensan que la literatura infantil es escribir bagatelas, temas pueriles recargados de diminutivos y onomatopeyas. Infantilizar las cosas es faltar el respeto a los niños. Por eso, sólo aquellos que tienen un don especial logran hacerlo. Y nuestra escritora lo tiene.

Estas son historias para ser contadas, para ser transmitidas de voz en voz. El narrador del Prólogo lo anticipa y dice a los niños: "Escuchad", y cuenta la historia bíblica de los Santos Inocentes masacrados por el rey Herodes. Esta voz que narra se configura con las características propias del anciano (o de la madre) que posee la sapiencia del hombre que ha vivido siempre. Es la voz de todos los tiempos. Usa formas verbales poco usuales, "vosotros sabéis", o la expresión "para vosotros". Es una voz mítica que viene de lo más lejano del tiempo y del espacio, pero incorpora a sus oyentes –o lectores– en su relato. Simula estar contando en el tiempo presente historias pretéritas.

Los personajes

Los personajes pertenecen al mundo alado de los seres imaginarios. No son duendes, silfos o

hadas, pero tienen sus características. Son traviesos y diablillos como los duendes; gráciles y encantadores como los silfos; tenues, alados y hermosos como las hadas. Son seres divinos, pero con rasgos humanos. Lo divino conlleva a lo humano. Estos niños fueron arrancados tan bruscamente de la vida y ascendieron al cielo tan repentinamente que conservaron características humanas en su condición celestial. Son protagonistas de travesuras propias de los niños. Garabatean el Libro de Oro del cielo, tiran la cola a los dragones de San Jorge o quiebran las plumas a los Evangelistas. Cada querubín representa una faceta singular de la infancia. Uno es distraído, otro cachurero y el resto miedosos, juguetones, porfiados, aventureros, amistosos y curiosos. Todos estos rasgos son propios de los niños. La autora lo confirma en las palabras a Beatriz –su hija menor–, inspiradora, junto con sus hermanos, de estas narraciones.

Estos querubines están predestinados a ser los guardianes de niños que esperan en el cielo el día y la hora precisa de su venida a la tierra. Hay un determinismo marcado en cada uno de ellos. El destino está trazado para el infante y su ángel. Cada niñito cumplirá una misión en la tierra. Será científico, poeta, explorador, catedrático o volverá

tempranamente al cielo a convertirse, a su vez, en un nuevo Angel de la Guarda. Su querubín, las más de las veces, lo acompañará y secundará en sus travesuras en vez de corregirlo. No hay límites diferenciadores entre lo real y lo divino.

Se presenta una situación gloriosa y como contrapunto una situación maravillosa del mundo infantil. Niños y ángeles se confunden en sus travesuras en una simbiosis perfecta.

Quien siempre resuelve las situaciones conflictivas, sin perjudicados, es la Virgen María. Se le presenta como la Madre de las madres. Su imagen protectora se proyecta y se agranda. Ella es la que intercede ante su Hijo para que su mano severa sea justa, pero suave; seca las lágrimas de querubines y niños solitarios o tristes; sienta en sus rodillas a más de un terco que cede en su porfía ante la promesa de un beso de la Madre Santa.

Hermosas lecciones de vida

La voz que narra, con la gran sabiduría que otorga la maternidad, va entregando, en forma indirecta, buenas enseñanzas. Por ejemplo, la responsabilidad. Cada querube, por pequeño que sea, es responsable de un niño y debe rendir cuentas

de su proceder. Otro valor que se pone de relieve es la amistad, pero una amistad bien entendida, desinteresada y que no dañe. Un ángel –es decir, un niño– debe elegir entre el bien y el mal. No puede ser amigo de un diablillo predestinado a ser patrón de los "pungas" y cuyo alias es el "Naa Pelos". En forma inteligente se aconseja a los pequeños lectores acerca de la necesidad de elegir la compañía de amigos que enseñen buenas cosas.

La curiosidad desmedida merece su castigo, pero el curiosillo es advertido antes.

La enseñanza es sugerida. Lo didáctico no está oculto, pero se presenta a través de la descripción simpática de los personajes y la presentación concisa de lo reprochable. Aquí la enseñanza es consecuencia lógica de las acciones. En estas hermosas lecciones de vida lo bueno y lo malo están presentes, tal como en la vida, donde el hombre tiene que identificar y escoger la generosidad, el amor y la amistad de entre una gama de actitudes humanas que pueden confundirlo.

El lenguaje

Con respecto al lenguaje, es necesario evidenciar el uso de vocablos sencillos y la inclusión

del diálogo que presentiza y dinamiza la acción narrativa. Las preguntas y respuestas surgen en forma espontánea.

En el discurso narrativo hay breves y sencillas descripciones que iluminan la acción en forma ágil. El lenguaje usado es objetivo. Se intuye un conocimiento de la psicología del niño que no soporta el diálogo ni el párrafo largo.

Existe un tono apelativo constante, de ahí que estas historias sean también para ser escuchadas, además de leídas.

La autora

Ya hemos gozado con la obra. Ahora nos preguntamos ¿quién es Esther Cosani?

Rita Cosani nació en Arica, en 1914, la víspera de Navidad. Como su padre debía viajar constantemente por su profesión, ella vivía con su abuela, en Tacna, en un enorme caserón estilo colonial con muchas piezas, dos enormes patios y quince negritas que atendían el servicio de la casa. No eran sirvientas, sino que estaban agregadas a la familia por afecto y no querían separarse de este núcleo que les prodigaba amor y protección. La caporala del grupo era la Antonia, una negra descomunal de

casi dos metros. "No sé si era tan grande o yo muy chica –dice Rita–, pero así la recuerdo ahora". Ella se preocupaba y dirigía el negrerío. En las tardes reunía a niños y empleados y les narraba cuentos inventados. Esta negra tenía una imaginación desbordante y fue su primera maestra y promotora. Despertó su fantasía que se avivó y enriqueció con los viajes posteriores.

Sus primeros estudios los hizo en Lima, en un internado. Allí, en el colegio de monjas, había una religiosa bretona que le narraba leyendas e historias de su lejana tierra. Todas estas experiencias fueron formando a la futura escritora, además de las lecturas, porque fue gran lectora.

Los escritores que más la influenciaron en esta época fueron Washington Irving, autor de *Cuentos de la Alhambra*, y Homero, cuyos poemas épicos leyó en adaptaciones para niños de la Colección Araluce. Ya más crecida fue asidua lectora de cuentos fantásticos y novelas de detectives. Luego se casó y fue madre. Junto con sus hijos nacieron los libros.

A los 24 años escribe su primera obra, *Leyendas de la vieja casa* (1938). Más tarde vienen *Leyenda de la quena*, que ella misma ilustró. Para saber y contar (1939), *Las desventuras de Andrajo* (1942)

y *Cuentos a Pelusa* (1943).

Cuentos a Beatriz es de esta misma época, pero fue publicado por primera vez en 1957 por la Editorial Zig-Zag en su Biblioteca Infantil.

En 1951 escribe una obra teatral, *La casa de las ratas*, premiada por la Dirección de Teatro Nacional y estrenada en el Teatro Municipal de Santiago.

El libro que más quiere es *Las desventuras de Andrajo*. Le gusta el personaje, porque es libre interiormente, no está sujeto a nada y ama los caminos. Es la historia de un vagabundo, muy parecido a su hijo Ruperto, a quien llama Kusi–puma (León alegre).

Este libro tuvo una crítica excelente, pero en Chile pasó inadvertido. En el exterior tuvo mucho éxito. El *New York Times* le dedicó una buena crítica y lo comparó con *Alicia en el país de las maravillas* y con las rimas de Mamá Ganso. "Probablemente los niños de Chile no estaban preparados para leer mi libro", dice con un dejo de tristeza.

En 1950 fue Directora del Departamento de Radiotransmisiones de la Universidad de Chile, cargo que desempeñó durante 10 años.

También fue libretista de la Radio Escuela Experimental del Ministerio de Educación. A raíz

de este trabajo recibió ad honorem el título de profesora de primaria. "No soy maestra, pero me habría gustado serlo", nos confidencia.

Durante años fue creadora, animadora y alma mater del programa infantil "La cajita de música". Con ella colaboraron actores profesionales provenientes del Teatro de Ensayo de la Universidad Católica de Chile.

Además de estas incursiones en la radiotelefonía fue redactora de las revistas *Vea* y *Zig-Zag*, y estuvo a cargo de la página femenina del diario *La Nación*.

Rita Cosani murió en 1998. Poco antes había terminado de corregir los dos libros en que trabajó durante sus últimos años: *Los duendecillos de Cocorí de la Sierra y El Quijotillo de las Manchas*.

Cuando, un tiempo atrás, se le preguntó a la escritora: ¿qué opina Rita Cosani de Esther Cosani?, respondió sin titubear: "Esther es una mujer que no creció. Sigue siendo niña y vive en el mundo maravilloso de la infancia, lleno de fantasía y candor. Ambas se entienden, porque creen profundamente en el poder de Dios".

El valor trascendente que tienen las narraciones maravillosas del presente libro es el de preparar al niño para su vida futura. Los especialistas

en literatura infantil afirman que la infancia sin cuentos, poemas y canciones es más desvalida espiritualmente que aquella que nutrió su fantasía con narraciones y lecturas apropiadas a sus años e imaginación desbordantes.

Ana María Xandre Robotham
Universidad Metropolitana
de Ciencias de la Educación.